

DANIEL MENDOZA

EL LLANERO

(ESTUDIO DE SOCIOLOGIA VENEZOLANA)
CON UN ESTUDIO SOBRE EL GAUCHO Y EL LLANERO

por JOSE T. MACHADO

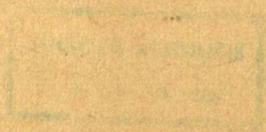


Distribuidor en VENEZUELA:
EMILIO RAMOS
LAS NOVEDADES - Caracas
Principal a Sta. Capilla Nro. 12

En BUENOS AIRES: Pedro García
Librería "EL ATENEO" - Florida 340



BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS • VENEZUELA



EDITORIAL "CECILIO ACOSTA"

CARACAS - BUENOS AIRES

DIRECTOR: J. A. COVA

PRINCIPAL A STA. CAPILLA Nº 12 — "LAS NOVEDADES"

EMILIO RAMOS — TELÉFONOS 3220 Y 5655

CARACAS — VENEZUELA

Biblioteca de Escritores y Asuntos Venezolanos

OBRAS PUBLICADAS:

- I. — CECILIO ACOSTA: PAGINAS ESCOGIDAS. — Selección de J. A. Cova y Prólogo de José Martí.
- II. — SIMÓN BOLÍVAR: IDEARIO POLITICO. — Selección y Notas de J. A. Cova y Prólogo de Marius André. (2ª edición).
- III. — JOSÉ GIL FORTOUL: FILOSOFIA CONSTITUCIONAL. — Prólogo de J. A. Cova.
- IV. — CARLOS BRANDT: BEETHOVEN. — Su Vida, su Obra y el Sentido de su Música.
- V. — ANTONIO REYES: AVERROES Y LULIO. — Prólogo del Profesor Hispano Dr. F. Sureda Blanes.
- VI. — MARIANO PICÓN SALAS: FORMACION Y PROCESO DE LA LITERATURA VENEZOLANA.
- VII. — ARÍSTIDES ROJAS: ESTUDIOS INDIGENAS. — Prólogo de Antonio Reyes.
- VIII. — ALEJANDRO RIVAS VÁZQUEZ: ORIENTACIONES AMERICANAS. — Prólogo de J. A. Cova.

- IX. — LUIS CORREA: TERRA PATRUM. — Prólogo de J. A. Cova.
- X. — CRISTÓBAL BENÍTEZ: SOCIOLOGIA POLITICA.
- XI. — F. DOMÍNGUEZ ACOSTA: LA ESCONDIDA SENDA. — Prólogo de Gabriel Espinosa.
- XII. — MIGUEL EDUARDO PARDO: TODO UN PUEBLO (Novela venezolana). — Prólogo de J. M. Vargas Vila.
- XIII. — PEDRO M. ARCAÑA: ESTUDIOS DE SOCIOLOGIA VENEZOLANA. — Prólogo de L. Vallenilla Lanz.
- XIV. — J. GIL FORTOUL: EL HOMBRE Y LA HISTORIA Y OTROS ENSAYOS.
- XV. — MERCEDES DE PÉREZ FREITES: NATURALEZA Y ALMA. — Poemas.
- XVI. — J. A. COVA: ENSAYOS DE CRITICA E HISTORIA. — Prólogo de R. A. Rondón Márquez.
- XVII. — JUAN VICENTE GONZÁLEZ: TRES BIOGRAFIAS (Martín Tovar, José Cecilio de Ávila y José Manuel Alegría). — Prólogo de Víctor José Cedillo.
- XVIII. — ALFREDO JAHN: ASPECTOS FISICOS DE VENEZUELA. — Prólogo de Eduardo Röhl.
- XIX. — MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ: CAMINO DE PERFECCION. — Prólogo de Manuel García Hernández.
- XX. — FRANCISCO DE SALAS PÉREZ: COSTUMBRES VENEZOLANAS. — Prólogo de J. A. Cova.
- XXI. — JOSÉ MARTÍ: VENEZUELA Y SUS HOMBRES. — Prólogo de Félix Lazaso.
- XXII. — ANDRÉS MATA: ARIAS SENTIMENTALES Y OTROS POEMAS. — Prólogo de Ventura García Calderón.
- XXIII. — SERGIO MEDINA: CIGARRAS DEL TROPICO (Poemas). — Prólogo de Andrés Eloy Blanco.
- XXIV. — MANUEL GARCÍA HERNÁNDEZ: SUBTE (Buenos Aires por dentro). — Prólogo de J. A. Cova.
- XXV. — ARÍSTIDES ROJAS: HUMBOLDTIANAS. — Tomo I.
- XXVI. — DANIEL MENDOZA: EL LLANERO VENEZOLANO. — (Ensayo de Sociología).

EL LLANERO

41
Solvar los m... , Rafael
918, 77
M539
1944
2.3
DANIEL MENDOZA

EL LLANERO

(ESTUDIO DE SOCIOLOGIA VENEZOLANA)
CON UN ESTUDIO SOBRE EL GAUCHO Y EL LLANERO

por JOSE T. MACHADO



Distribuidor en VENEZUELA:
E M I L I O R A M O S
LAS NOVEDADES C. A. - Caracas
Principal a Sta. Capilla Nro. 12

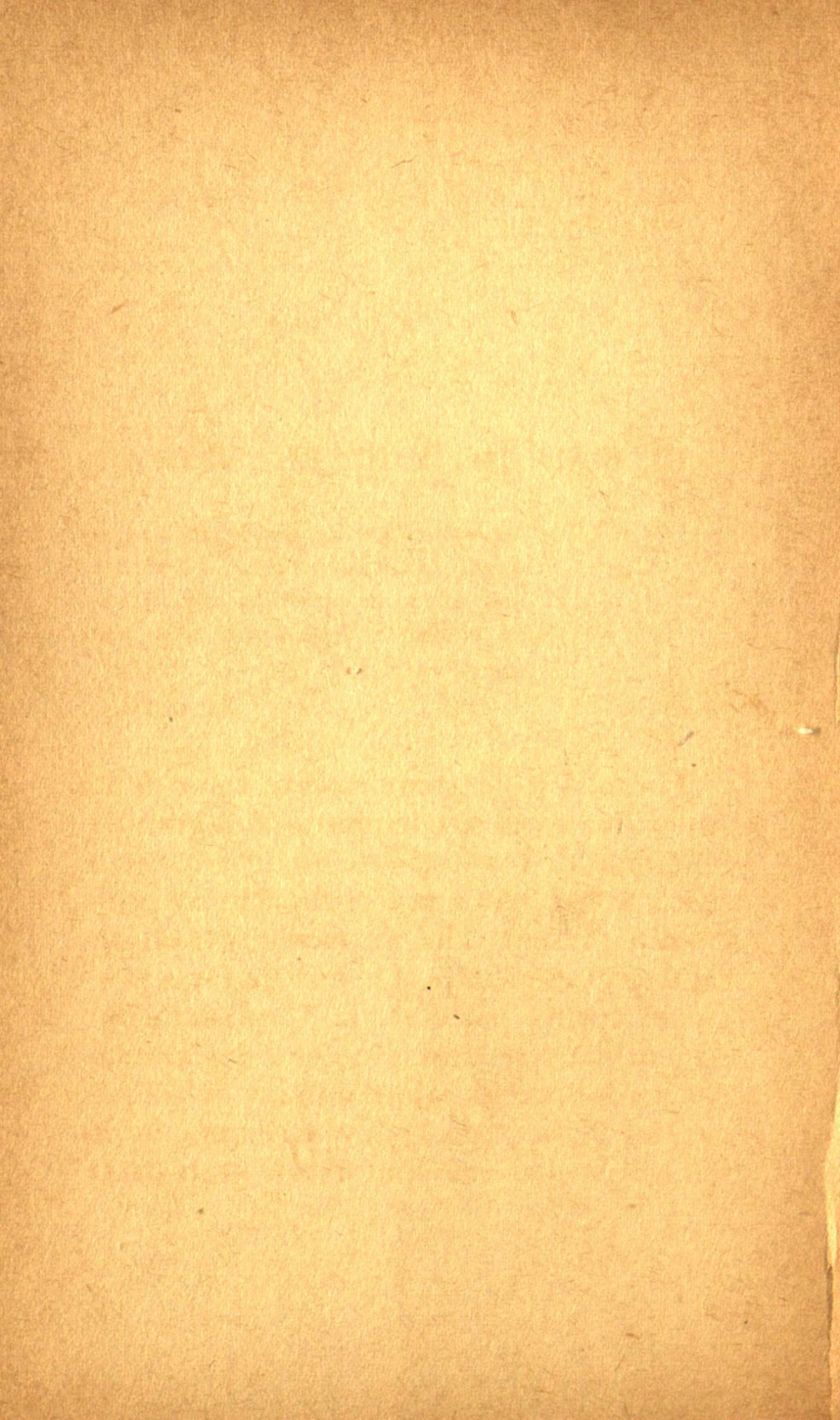
En BUENOS AIRES: Pedro García
Librería "EL ATENEO" - Florida 340

BIBLIOTECA NACIONAL

CARACAS - VENEZUELA

*Queda hecho el
depósito que previene
la ley N.º 11.723.*

EL GAUCHO
Y EL LLANERO



EL GAUCHO Y EL LLANERO

En la plenitud de la Pampa el viento de la noche trajo a nuestros oídos el eco de un canto, doliente como el postrer lamento de una vida que se extingue.

EL AUTOR.

Tocando los extremos norte y sur de la América austral se encuentran dos grandes porciones de territorio de análogo aspecto físico, y habitados por agrupaciones étnicas que presentan los mismos rasgos en sus caracteres esenciales. La una de estas porciones forma parte de la Confederación Argentina, y se extiende desde las montañas cordobesas al bajo Paraná, y del estuario del Plata hasta las estribaciones de la Patagonia. La otra comprende gran parte

de la República de Venezuela y abarca casi 500,000 kilómetros cuadrados en las antiguas Provincias de Apure, Barcelona, Barinas, Carabobo, Caracas y Guayana.

Característica topografía de esas extensas regiones es la línea horizontal, que a veces se prolonga hasta el límite en que la tierra y el cielo parecen confundirse. Océano de verdura del cual diríanse olas las manchas ondulantes y movibles del ganado vacuno y caballar que en ellas pasta; e islas los oteros y mesetas que sirven de refugio a hombres y animales cuando, en la estación de las lluvias, las aguas de las nubes y las que se desbordan de los ríos inundan la sabana, entonces sólo transitable en bongos y canoas.

Magnífico espectáculo el de esas soledades de la América, sin límites determinados ni caminos conocidos. Cada una tiene peculiaridades geográficas y geológicas dentro de la configuración general de su superficie. A veces el suelo se esconde bajo altos pajonales que se agitan al soplo del viento; en ocasiones la tierra apenas deja ver escaso césped o palmeras enanas. En las márgenes del Paraná y el Orinoco es-

pesos bosques donde viven en acecho el tigre y el jaguar; bajo las gramíneas el áspid; en los caños el caimán, el caribe y el temblador; en los esteros las aves acuáticas de vistoso plumaje.

Común es ya el concepto de que hay íntima relación entre el ser vivo y el medio en que se forma o le toca existir. Este postulado recibe plena confirmación en los hombres de las tierras planas, ya levanten o hayan levantado sus tiendas en la Arabia o en la Mesopotamia, en el Mogol o en la Siberia. En pocas comunidades humanas es tan notable la influencia del ambiente como en los pueblos pastores. Si el autor de *Facundo* observó en su tiempo que las soledades americanas traen a la memoria las soledades asiáticas, y que existía inmediato parentesco entre la tropa de carretas que iba del interior a Buenos Aires, en una marcha de meses, y la caravana que se dirigía a Bagdad o Esmirna, nosotros pudiéramos, en este somero estudio, anotar íntimas analogías entre el árabe y el gaucho, el calmuco y el llanero. En todos la mis-

ma salvaje independencia; la aversión a los trabajos manuales; el desdén para el urbano; el concepto de que el valor es la suprema virtud y la guerra el mejor de los derechos; el menosprecio al peligro o la entereza para afrontarlo; la afición a la música y al canto; la tendencia a la inquietud y al movimiento, que encontró su última expresión en las grandes conquistas tártaras, mongólicas y turcas, que un día se extendieron por el suelo europeo.

Si del individuo pasamos a la comunidad, fácil nos será advertir que así en el nuevo mundo como en el antiguo continente el tipo es el grupo familiar, que unido a otro u otros de su especie constituyó más amplio conglomerado, con necesidad de un Jefe que lo representase y dirigiera. Ese Jefe, ya se denominara Jeque, Emir, Caudillo, Patrón, etc., ejercía una autoridad absoluta, pero no despótica ni arbitraria; y se había elevado al primer puesto no sólo por el valor brutal, sino porque, además de las características psicológicas de la masa, poseía cualidades diferenciales de consejo y de acierto que lo hacían apto para el mando.

En la Argentina, como en Venezuela, encuadrados en el marco que apenas bosquejamos, destacan el Gaucho y el Llanero su singular personalidad. Acerca de la estructura fisiológica del primero nos dice Carlos O. Bunge que: "es fuerte y hermoso por su complexión física; cetrino de piel, tostada por la intemperie; mediano y poco erguido de estatura; enjuto de rostro como un místico; recio y sarmentoso de músculos por los continuos y rudos ejercicios; agudo en la mirada de sus ojos negros, acostumbrados a sondar las perspectivas del desierto." (1) Y José María Salaverría, en su libro *El Poema de la Pampa*, nos traza esta rápida silueta: "Un hombre a caballo salió de entre los sauces. En la fresca matinal el hombre aquel cabalgaba con hidalga prosopopeya, sin apurarse, reposadamente, como quien no siente el acicate de ninguna actividad perentoria. Iba tieso sobre su caballo, noblemente erguido, con rumbo a la inmensidad. Por un momento le distrajo el tren; pero volvió

(1) La Cultura Argentina. José Hernández. *Martín Fierro*. — *La Vuelta de Martín Fierro*. 4ª reedición con una introducción de Carlos O. Bunge. Pág. 9.

la vista luego, ajeno a la loca carrera del convoy mecánico. Parecía un ser ideal que marchaba a sumergirse en el infinito de luz y en el otro infinito de la llanura. Y a pesar del vacío y de la soledad del sitio, aquel hombre, que cabalgaba noblemente, sin prisa ni afán de ninguna clase, daba la impresión de una felicidad plena, redonda y definitiva.” (2)

Con ligeras variantes el llanero nuestro presenta las mismas cualidades y los mismos vicios del gaucho, como que ambos tienen antecedentes idénticos e idénticos hábitos de vida en razón de su industria. En lucha contra toda clase de peligros, sus músculos se fortalecen, sus sentidos se aguzan, sus movimientos se aligeran, su valor se retempla. Para las diversas operaciones que la ganadería exige posee especiales condiciones de energías y habilidad. Sobre el potro salvaje o frente al toro bravío se encuentra en pleno circo y en la constante disyuntiva de vencer o de morir.

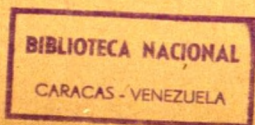
Daniel Mendoza, de pura cepa llanera,

(2) José María Salaverría. *El Poema de la Pampa. Martín Fierro y el criollismo español*. MCMXVIII. Casa editorial Calleja, Madrid. Pág. 49.

al estudiar la psicología de su conterráneo se expresa así: "El llanero resulta pícaro y socarrón algunas veces, y es el atavismo del pechero; otras indómito y brayío, y es la sangre india batiéndose desesperadamente en defensa de su independencia y de su suelo; otras pensativo y hosco, casi sombrío, y es la pesadumbre del negro, atado por las cadenas de la esclavitud. De la mezcla de esos tres morbos no podía menos que producirse ese auténtico ejemplar de raza pampera, que ama, llora o canta, como el turpial salvaje: vestido de oro por la magnificencia de su selva y de negro por la incurable barbarie de su fatalidad." (3)

Conocido es el abolengo andaluz del habitante de nuestras pampas. Con ese elemento y el autóctono se formó el nuevo tipo étnico, que conserva sus estigmas de origen, con las modificaciones impuestas por el medio circundante. Mezclados los cordobeses con los árabes, heredaron y trajeron a estas regiones su inclinación a

(3) Daniel Mendoza. *El Llanero*. (Estudio de Sociología Venezolana. Editorial América. Madrid. Págs. 64 y 65).



la vida pastoril, que deja grandes intervalos de reposo, en oposición a la agricultura, que pide perenne actividad.

El hombre nómade no puede concebirse sin el caballo, que le es absolutamente indispensable para el continuo trajinar. Así el gaucho y el llanero viven a lomos del noble animal, con el cual pudiera decirse que constituyen una sola entidad biológica. Se piensa al verlos que han hecho real la ficción de los hipántropos imaginados por Homero. Zorrilla de San Martín, al observar que el caballo transformó el aspecto de las tierras y las costumbres de su habitador, escribe poéticamente que cuando se buscan símbolos para la independencia de la América se recuerdan aquellos doce potros de la Ilíada que galopaban sobre las espigas sin doblarles los tallos y sobre las aguas sin mojarse los cascos; y añade: "En la mitología de la América libre el caballo habría sido el animal sagrado."

Y lo es para nosotros los venezolanos, que como emblema de Emancipación colocamos en los cuarteles de nuestro escudo un caballo indómito sobre campo azul. Allí aspira, en el vértigo de la carrera, la

libertad del desierto; allí recuerda cien hazañas portentosas; allí evoca la figura de aquellos centauros que escribieron con la punta de sus lanzas las más brillantes estrofas de la Epopeya americana; allí enseña cómo es incontrastable el ímpetu de un pueblo que lucha por altos ideales de patria y de redención.

La indumentaria del gaucha, como la del llanero, es pintoresca y adecuada a su género de vida. Usa el primero *chiripá*, pedazo de tela cuadrilonga que pasa por entre los muslos y se asegura a la cintura por ancha banda o tirador de cuero, donde guarda sus avíos de fumar, el dinero y la faca, que no abandona en ningún tiempo ni por ninguna circunstancia; el *poncho*, capa que le cubre los hombros hasta la cintura, dejándole completa libertad de movimientos; la *bota de potro*, cómodo calzado que se fabrica con la piel de las patas traseras de este animal; pañuelo al cuello, y en la cabeza el *chambergo*, ladeado con petulancia o echado hacia atrás. Un poeta popular describe así esta vestimenta:

Deja ver en su persona
Vestida lujosamente
Su tirador rebenque,
Daga y rastra relumbrona;
Y del freno a la corona
De su pingo escarciador
Todo es plata y da calor
Mirar su pretal platiao,
Y hasta la argoya ha lustra
De su viejo maniador.

Lleva bota é potro y usa
Chiripá, vincha y yesquero,
De barbijo en el sombrero
Con poncho, pañuelo y blusa,

Y con mirada que acusa
Ser crioyo valiente y güeno
Cruza cantando el terreno
Con voz dulce y de mi flor,
Y el pingo envuelto en sudor
Tascando va el duro freno.

El traje de gala del segundo consiste en camisa blanca, rizada, de largas mangas acuchilladas, y cuello y puños estrechos, con botonaduras de oro; *garrací*, que es un pantalón largo, abierto en la pantorrilla y cortado de suerte que caigan dos picos sobre el tobillo, para formar lo que llama

uña de pavo; pañuelo de seda de vivos colores anudado a la nuca; sombrero *pelo e guama*, atado con barboquejo; pie calzado con cotizas (sandalias) de piel de res, curtida; cinturón para la lanza; espuelas de plata o de oro, cinceladas, con anchas rodajas. En viaje nunca le falta la espada de totuma, de dos filos, vaina de cuero y guarnición de plata; y la cobija, que se compone de dos telas de bayeta, la de arriba azul y la de abajo encarnada, como de seis pies por lado, unidas y superpuestas, con abertura en el medio por donde pasa la cabeza. Protege al jinete de la lluvia, del abundante rocío de los trópicos, y le sirve de lecho cuando le es imposible tender la hamaca.

Propia de pueblos pastores es la sobriedad. Bástale al ganadero del Plata, como al de Venezuela, un rancho de paja cobijado con yerbas forrajeras, que aquél planta a la sombra del ombú y éste entre el follaje del morichal. Allí viven con su mujer, que el uno llama *mi china* y el otro *mi prenda*; y con los hijos, que al ser crecidos continuarán la vida tradicional del padre. Por mue-

bles, cráneos de caballo o de caimán, que son asientos; por camas, cueros secos sin curtir, si no tienen el privilegio de la hamaca para descansar el cuerpo con mayor comodidad. Por alimento, la tira de carne asada, con galleta dura, arepas o cazabe; por bebida, agua; por distracción, la guitarra; por vicios: para el gaucho el mate, la ginebra y el cigarro; para el llanero, el café tinto y el tabaco de mascar.

Como todos los primitivos, los hombres de la pampa tienen filosofía propia, creencias raras y especial vocabulario. De las nociones religiosas que los misioneros les enseñaron, o que han podido adquirir, sólo conservan groseras supersticiones. Se preocupan poco de Dios, pero son fervientes devotos de la Virgen del Carmen, o de cualquiera otra advocación. No van a misa, pero cargan al cuello reliquias o amuletos con extravagantes oraciones, cuya mayor eficacia consiste en su misteriosa oscuridad. La del *Justo Jué* tiene varias aplicaciones y virtudes; la de San Pablo les preserva de animales ponzoñosos; la de San Marcos del León les hace invisibles; la *Piedra de Ara*, con otros adita-

mentos, los libra de los riesgos del combate; el colmillo de caimán, de maleficios. El General Páez llevaba una *reliquia* a la cual atribuía la singular circunstancia de no haber sido herido jamás, a pesar de su incomparable arrojo.

El aislamiento en que vivían gauchos y llaneros, frente al grandioso espectáculo de la naturaleza, y en lucha perenne con el medio, produjo ese tipo de inconfundible personalidad, que no se encuentra sino en la América, aunque tenga puntos de contacto y semejanza con el árabe y el beduíno. Si el ya citado autor de *Civilización y Barbarie* advirtió que en la soledad del desierto el ejemplo falta y el estímulo desaparece, no debe olvidarse que a esas circunstancias deben aquéllos sus características, y sobre todo ese concepto de superioridad, a primera vista chocante pero perfectamente explicable que en ellos se nota. Todo el que vive solo —afirma el biógrafo de Antar— se siente grande, porque se mide por su tamaño natural y no por el imperceptible valor numérico que su ser representa en la incalculable multitud.

Una de las fases de esa jactancia eran

los combates singulares a que gauchos y llaneros acudían para vengar sus ofensas o decidir sus litigios. Ampararse de los tribunales parecíales humillante. La *faca* y la lanza eran medios de prueba, como antes el agua y el fuego. Cuando nuevos tiempos abolieron el derecho consuetudinario de hacerse justicia por la propia mano, y declararon ilegal el procedimiento, el vencedor en tales ordalias, perseguido por la justicia, se declaró víctima, se valió de un eufemismo para atenuar su delito y llamó *desgracia* el homicidio.

Como antes apuntamos, el vocabulario de los hombres de la campaña es pintoresco y digno de atención. Algunas de las voces que usan son simples arcaísmos y vinieron con los Conquistadores; otros pertenecen a las lenguas indígenas, con ligeras modificaciones. El gaucho, cuyo gentilicio mismo, como lo afirma el eminente folklorista R. Lehmann Nitsche, tiene obscuro origen etimológico, denomina *pago*, la patria chiquita; *china*, la mujer del pueblo; *pingo* o *flete*, el caballo; *cancha*, el lugar de lucha o de juego; *gringo*, al extranjero; *atorrante*, al vago; *estancia*, la finca de ga-

nado; *carnear*, la acción de beneficiar las reses; *compadrito*, al guapo de oficio; *payador*, al trovador errante; *garuga*, la llovizna. Algunos de esos términos usa también el llanero, quien llama *cuñado* al compañero en las faenas del trabajo; *benditos*, a los curas; *taita*, al Jefe; *mocho*, al caballo; *Santa-Catalina*, la lanza; *campechana*, la hamaca; *sutes*, a los huérfanos; *chicote*, la sota doble.



Uno de los aspectos más curiosos e interesantes del hombre de las llanuras es aquel que lo presenta como versificador repentista. No es que sea un portento en esta materia, pues, como ya advirtió un crítico argentino, la leyenda del gaucho-poeta (y pudiéramos añadir del llanero-poeta) transmitida de generación en generación por la fantasía del pueblo, no tiene otro fundamento sino la inspiración fugaz y rápida, generalmente exótica, de vez en cuando descriptiva y a veces patriótica, de los cantadores de la pampa. Ese escaso material ha servido, sin embargo, de núcleo a toda una literatura, penosamente escasa en

Venezuela, rica de cultivadores en la República Argentina.

Producto de ella son: *Santos Vega*, *Martín Fierro*, *Fausto*, y algunos otros poemas, en los cuales se reproducen con más o menos fidelidad el lenguaje, usos y costumbres del gaucho, sobre el cual traen datos curiosos y de positivo valor documental.

Uno de los representativos de la poesía popular argentina es Santos Vega, personaje real o ficticio, héroe de antiguo romance español, nacionalizado en el Río de la Plata, y ataviado con vistosas galas por las plumas de Hilario Ascasubi y de Rafael Obligado. Entre los tipos de la leyenda nacional —dice Joaquín V. González— la inmortal figura de Santos Vega destella sobre el fondo inmenso de nuestra pampa como una aurora inmortal de poesía y amor. El es la personificación de la fibra poética que ha muerto ya bajo las oleadas de la civilización extranjera inunda las campañas desalojando y replegando hacia los desiertos al hijo de la tierra, que al perder el lugar donde nació, el campo donde aprendió a leer en la naturaleza, y a asimilarse sus armonías misteriosas, parece que va per-

diendo hasta esa sensibilidad refinada que en otros tiempos nos hizo escuchar cantares deliciosos que aún resuenan en las brisas desoladas de la llanura, y nos hizo admirar imágenes que sólo han quedado grabadas en sus crepúsculos. (4)

Al poema de Obligado les siguen en importancia los de José Hernández: *Martín Fierro*, *La vuelta de Martín Fierro*, menos líricos, sin duda, pero más vividos y de mayor importancia histórica, pues su autor, al contar la dolorosa odisea del hijo de las llanuras, y emprender su rehabilitación romántica, plantea una vez más el viejo conflicto ya enunciado por Sarmiento en *Civilización y Barbarie*.

José M. Salaverría, en su ya citado libro, se expresa así al referirse a esas obras: "La queja del gaucho Martín Fierro va dirigida en dos direcciones: el abuso social y los males del amor. En el fondo, sin duda, lo que el poeta Hernández se propuso fué una patética e indignada recusación de los móviles ciudadanos y del plan abusivo de las

(4) R. Lehmann Nitsche. *Santos Vega*. Buenos Aires, 1917. Páginas 80 y 81.

ciudades costañas, como Buenos Aires, que henchidas de elementos inmigrantes, poseídas de un torvo espíritu de presa, y con una despiadada prisa por el éxito y por la civilización a ultranza, arremetían contra el gaucho, lo hallaban reacio, lo oprimían y lo expulsaban arbitraria y brutalmente de la tierra y del usufructo del país. (5)

Fuera de los trabajos enunciados, el elemento gauchesco ha sido aprovechado por escritores de talento para urdir novelas de pronunciado sabor local, como también para la creación del teatro argentino, que nos hizo conocer Camila Quiroga en las noches inolvidables del Coliseo Municipal. El mayor mérito de muchas de esas obras estriba precisamente en que son simples evocaciones de la musa popular, que a veces alcanza en la expresión espontánea del sentimiento la más pura belleza literaria.

Entre el *payador* de la pampa y el *cantaor* llanero hay naturales similitudes en cuanto al ejercicio de su arte. En una fies-

(5) José María Salaverría. Obra citada. Páginas 55 y 56.

ta cualquiera suena la guitarra, o el arpa y las maracas. *Galerones y corridos, cielitos y vidalitas, joropos y tangos*, son los cantos y los bailes de la tierra. Las parejas se mueven con lánguido ritmo o violentos escobilleos, según sean gemidoras o cálidas las notas que arrancan a los instrumentos las ágiles manos de los músicos rurales. A veces por una nimiedad se interrumpe la danza. Rivalidades de oficio o celos amorosos traen a la mente y a los labios de uno de los trovadores la indirecta o la sátira. Iníciase así la *porfía* o *contrapunto*. El concepto epigramático va a herir al adversario: éste responde en términos preciosos que encajan en el tono general de la pregunta. Como la neutralidad no es humana, los espectadores simpatizan desde luego con el uno o con otro; los alientan con aplausos o los hieren con burlas. El verso va y viene, corre, serpentea:

—Si quieres cantar conmigo
contéstame en un segundo:
¿Qué poder es el más grande
después de Dios, en el mundo?

—Después de Dios, en el mundo,
el poder del confesor
cuando levanta la mano
y bendice al pecador.

—Ques muy grande tu saber
por lo que me has dicho, infiero;
mas, deseo que me digas:
¿Cuántos pelos tiene un cuero?

—Ay, Jesús, María y José,
que me has dejado confuso,
los pelos que tiene un cuero
fueron los que Dios le puso.

En *La vuelta de Martín Fierro* hay uno
de esos amebeos entre el protagonista del
poema y el *moreno*:

—¡Ahl negro, si sos tan sabio
No tengas ningún recelo;
Pero has tragado el anzuelo,
y al compás del instrumento
Has de decirme al momento:
¿Cuál es el canto del cielo?

—Los cielos lloran y cantan
Hasta en el mayor silencio.
Lloran al cair el rocío,
Cantan al silbar los vientos,
Lloran cuando caen las aguas,
Cantan cuando brama el viento.

—Y así me gusta un cantor
Que no se turba ni yerra.
Y si en su saber se encierra
El de los sabios profundos:
Decime: ¿Cuál en el mundo
Es el canto de la tierra?

—Y yo le diré en respuesta
Sigún mis pocos alcances:
Forman un canto en la tierra
El dolor de tantas madres,
El gemir de los que mueren
Y el llorar de los que nacen.

—Y ya que al mundo viniste
Con el sino de cantar
No te vayas a turbar
No te agrandes ni te achiques,
Es preciso que me expliques:
¿Cuál es el canto del mar?

—Cuando la tormenta brama
El mar que todo lo encierra
Canta de un modo que aterra
Como si el mundo temblara;
Parece que se quejara
De que lo estreche la tierra.

* * *

Sobre esa literatura, como sobre todo lo que cae bajo la inteligencia humana, hay encontradas opiniones. Juan Agustín García, después de Sarmiento, es el que se ha pronunciado con mayor energía contra el culto nacional argentino por el gaucho y su literatura. Según él, los hombres de la pampa *eran la paja brava de la sabana*, y habrían sofocado todas las flores de la civilización.

Y Miguel Cané, al considerarlo desde el punto de vista económico y político, escribía en 1856: "Hace diez años que ese elemento de atraso y desorden revestía aún su corteza salvaje, virginal. El frote de otras necesidades, de otro orden de cosas, va poco a poco gastando ese tipo que parecía perpetuarse por desgracia en las generaciones venideras. . . . Entonces nuestros poetas que hoy sueñan y adivinan la civilización irán a buscar en las tradiciones de Santos Vega y de tantos otros trovadores de las pampas el colorido de las épocas primitivas y el tipo que habrá desaparecido bajo la máscara lustrosa del hombre modificado por los usos de la vida civil. El romance y la poesía habrán perdido un bello

campo, pero la patria, la civilización y el progreso positivo habrán ganado inmensamente." (6)

Vencidos por la evolución biológica van desapareciendo, o desaparecieron ya, el gaucho de la Argentina y el llanero de Venezuela. Sus figuras legendarias se alejan y se borran a medida que nuevos elementos penetran en sus dominios. Pueblos de mentalidad inferior no conservan sus características si los ponen en contacto con otros superiores. El alambre de púas dividió la inmensidad; el automóvil espantó al caballo; lo útil reemplazó lo poético; lo práctico a lo heroico. La musa argentina dice:

Ya los gauchos de las rústicas vihuelas
Que encantaron con sus trovas nuestras candidas
[abuelas,
Los sencillos, nobles gauchos de chambergo y chiripá,
Bajo el ala de otras razas que invadieron la llanura
Van cambiando sus costumbres... su simpática figura
Va esfumándose en las sombras de una raza que se va

(6) R. Lehmann Nitsche. Obra citada. Página 16.

.....
Los centauros de la pampa ya no existen o están viejos;
Como notas de canciones que se pierden a lo lejos
Su carácter desaparece con el tiempo que pasó.
Es el rancho una tapera que en el borde del sendero
Se estremece quejumbrosa bajo el ala del pampero.
La guitarra ha enmudecido; ¡Santos Vega ya murió!

Sin embargo, ellos ejercen aún en estos pueblos nuestros una doble función sentimental y educativa: como elemento literario, porque caracterizado, o a lo menos dan motivo a la poesía genuinamente popular y a las leyendas y tradiciones con que, según Rodó, mantienen las madres la atención ingenua de sus hijos, o embelesa el trovador plebeyo a su rústico auditorio; y como tipo histórico y patriótico, porque ofrendaron a la patria el tributo de su sangre, junto con los más altos ejemplos de lealtad, valor y audacia.

Fueron gauchos los que, primero con las montoneras de Güemes y de López, y luego militarmente organizados, concurren a casi todas las batallas de la independencia en Chile y la Argentina. En San Lorenzo, a las órdenes de San Martín, cargaron con furia a los infantes españoles, desconcerta-

dos bajo aquel brusco ataque; en Chacabuco, conducidos al fuego por sus Comandantes, Melián, Medina y Ramayo, desbaratan a sus asombrados contrarios; en Maipú, con Bueras y Freire a la cabeza, y tendidos sobre las crines de sus caballos como los árabes del desierto, despedazan a los Lanceros del Rey y a los Dragones de la Concepción; y en la pampa de Reyes y en las faldas del Condorcunca contribuyen a la independencia definitiva de la América hispana.

En Venezuela, toca a los llaneros la parte más heroica y romancesca de nuestra prolongada y sangrienta lucha. Al principio guerrearon con Boves contra la Emancipación; luego, regidos por Páez, Monagas y otros caudillos, en favor de la República. Su acero centelleó con rojos fulgores en cien campos de exterminio: el Yagual, Mucuritas, Mata de Miel y Las Queseras. En Barcelona, Maturín, Apure, Guárico y Guayana, los Aramendi y Silva, Iribarren y Vásquez, Mina y Figueredo, Muñoz y Carvajal, Zaraza y Sotillo, realizan hazañas increíbles. Un día toman flecheras a nado; otro, un grupo de jinetes sorprende un es-

cuadrón para apoderarse del bestiaje; ocho hombres destrozan a los Húsares de la Torre. En las márgenes del Arauca ciento cincuenta héroes desorganizan un ejército. Para su valor no hay obstáculos. Su arrogancia es igual al peligro. Bien pudo augurar la victoria, esquivando en Pantano de Vargas, con la célebre frase: —*Rondón no ha peleado todavía*; y erguirse sobre el éxito de la batalla para responder a la admiración de los suyos: —*Así se baten los hijos del Alto Llano*. La palabra épica es la expresión natural de la épica bravura. En Carabobo el impetuoso Mellados advierte al camarada que quiere adelantársele en una de las acometidas a Valencey: —*Compañero, por delante de mí la cabeza de mi caballo*.

... Y siguen los llaneros camino hacia el sur. Sus corceles de guerra abrevan en los grandes ríos de la América y tramontan las más altas cordilleras del planeta. Lo que hicieron lo sabe el mundo y lo canta la Epopeya. Entre el Orinoco y el Desaguadero recorrieron vasta trayectoria, con posas inmortales en Boyacá y Pichincha, Junín y Ayacucho. Hablar de sus proezas es

evocar todo un pasado glorioso. Peones oscuros tocaron con la contera de sus lanzas en el templo de la fama y abrieron para sus nombres las puertas de la inmortalidad.

Unos bellos versos: *Ante la estatua de Páez*, del poeta colombiano Alfredo Gómez Jaime, nos sugiere la idea de que la famosa orden que dió a sus centauros el Héroe de Las Queseras debe ser para estos pueblos de origen hispano permanente consigna. ¡*Vuelvan caras!* es el deber y la imposición de los tiempos. ¡*Vuelvan caras!* no ya para derrotar ejércitos sino para poner en fuga pequeñas pasiones, rivalidades de parroquia y míseros intereses; para remover cuanto sirva de obstáculo al acercamiento entre hombres que militaron bajo las banderas de la libertad por los mismos ideales; cuanto pueda oponerse a la fraternidad entre las jóvenes nacionalidades de este Continente, cuya futura importancia previó el vidente de Casacoima cuando dijo: —*La libertad del Nuevo Mundo es el porvenir del universo.*

Sirva a tan noble fin el canto que ahora

elevamos al Gaucho y al Llanero, cuya indómita pujanza contribuyó a fundar estas patrias gloriosas, hijas agradecidas de Bolívar y de San Martín.

JOSÉ E. MACHADO.

EL LLANERO

DANIEL MENDOZA ⁽¹⁾

PERTENECE Daniel Mendoza a la generación de escritores venezolanos que floreció en la primera mitad del siglo XIX, esto es, en el período encabezado por Andrés Bello, Simón Rodríguez y Rafael María Baralt. Ese período cultural, ya iniciado desde fines del siglo XVIII por obra de los esfuerzos personales de algunos autodidactas, culminó en los oradores de la Sociedad Patriótica de 1810, donde brillaron por su talento Miranda, Peña, Bolívar, Coto Paúl, Espejo; y en los prohombres del primer Congreso de Venezuela, el año 1811. Hoy, a principios del siglo XX, la cultura literaria de la nación la representan, con honor, que en los actuales tiempos ha llegado a su más brillante plenitud con Urbaneja Achelpoll, Manuel Fombona Palacio, Pi-

(1) Nota con que la Editorial América que dirigía en Madrid don Rufino Blanco de Bombona presentó la edición española de "El Llanero".

cón-Febres, Gil Fortoul, P. E. Coll, Eloy González, Lisandro Alvarado, Pedro Manuel Arcaya, Jesús Semprum, Manuel Díaz Rodríguez y algunos otros.

Tocó a Daniel Mendoza la época en que el romanticismo alcanzaba su mayor prepotencia; pero él, por una rara intuición de su ingenio, supo rehuir aquella forma sensiblera, y por lo tanto inadaptable a su temperamento, donde vibraban todos los anhelos y todas las arrogancias de la nueva raza.

De la llanura maternal pasó a los colegios y a las universidades, y de aquellas clásicas prisiones salió disciplinado su espíritu para las faenas de la civilización; entonces tornó de nuevo al hogar y se dió a la tarea de civilizar aquella tierra todavía cerril.

Escritor naturalista, por índole tienen sus prosas una forma viva y precisa: los cuadros trazados en la presente obra van iluminados por una verdad y un colorido que encantan.

Nació Daniel Mendoza en la ciudad de Calabozo, capital del Estado Guárico, en los Llanos de Venezuela, el año de 1823. Apenas cumplía doce cuando fué llevado por sus padres a Caracas, donde ingresó en el Seminario Tridentino.

En aquel Instituto permaneció hasta los quin-

ce años, en que pasó a estudiar jurisprudencia a la Universidad Central, en la que obtuvo el título de doctor en leyes.

En 1844 se dió a conocer como escritor publicando sus *Observaciones meteorológicas* y colaborando en un bisemanario llamado *Revista de Letras*. En la colección de esta revista, existente en la Biblioteca Nacional, en Caracas, se encuentra gran número de poesías de Daniel Mendoza, pues Daniel Mendoza también las hizo, aunque no con el éxito que obtuvo por sus trabajos en prosa.

Dos años después publicó la presente obra y una colección de artículos de costumbres. Como observador de la naturaleza y de las costumbres llaneras, y por sus reflexiones a tal respecto, Daniel Mendoza es un precursor de los estudios sociológicos en Venezuela.

De Caracas marchó a su ciudad natal a ponerse al frente de los intereses que le legaron sus padres.

Fundó un colegio, por puro amor patrio y en anhelos de civilizador, y por puro amor patrio y en resguardo de sus intereses trabajó activamente en la formación de una Sociedad de Ganaderos que en aquel tiempo contribuyó poderosamente a la total extinción del abigeato, que

había cobrado alarmante auge en toda la región de las pampas.

En 1860 —a la edad de treinta y siete años—, falleció a consecuencia de un tumor en el hígado, el cual se le produjo por un accidente andando de *vaquería* en la pampa.

PRÓLOGO

AL emprender estos estudios, creo contribuir con ellos a esclarecer lo mucho que se ignora en nuestro país y fuera de él con respecto a su historia etnológica y política.

Creo estar más que nadie en lo cierto, porque si he consagrado quince años de mi vida al estudio de cuanto texto ha venido a mi mano relativo al particular, también apunto la observación patente de haber nacido en aquella tierra, donde pasé toda mi primera juventud.

Al mencionar al principio de estas reflexiones los textos consultados me refiero únicamente a los trabajos geográficos de Agustín Codazzi y a la obra de Alejandro Humboldt, titulada *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, traducida magníficamente por el botánico portugués D. Juan Alberto de Agraiza.

Estos son los únicos textos científicos que pueden consultarse actualmente en lo relativo a la región de Venezuela que nos ocupa (1), porque los datos que se obtienen en los archivos, tanto de nuestra patria como de otros países, son en gran manera incompletos, pésimos en la precisión científica, o se refieren a viajes o relaciones que nada aportan al asunto.

He consultado, sí, numerosos libros que tratan de este ramo de la ciencia, mas son de orden universal, y he sacado de ellos mucho fruto en lo tocante a la ejecución del proyecto.

Son éstos los Estudios sobre Guayana, de M. Dupont; las obras de Geraldo de Alsacia, sobre la India Oriental; las Guerras Senegalesas, de Mister Kincey; La Conquista de Alaska, por Werteshoshy; y las obras de Aumarch, Linneo, Darwin, Albis y Luis Vives.

Los que saben las múltiples dificultades con que tropezamos en este país para conseguir textos de todo género comprende-

(1) Esta obra es de la primera mitad del siglo XIX — (Nota de la presente edición.)

rán la suma de sacrificios hechos en esta obra para darle una forma y un tinte marcadamente veraz.

Mas no pesan estos sacrificios: el trabajo asiduo y fatigante ha dado copiosos frutos, y gratas expansiones al espíritu, pues ahondando en el estudio de la índole, vida y costumbres del llanero, he llegado al convencimiento de que este habitador de nuestras pampas nada tiene que envidiar en fuerza, destreza y heroísmo a cualesquiera de sus similares en otras latitudes.

Algunos autores nuestros que han escrito sobre él (2) le encuentran semejanzas con el árabe nómada; mas no es exacto el parecido, porque este bandido del desierto vive única y exclusivamente del pillaje y de la guerra, en una eterna peregrinación, en tanto que nuestro llanero es nada tras-humante: vive en pobre cabaña cobijada por yerbas forrajeras, se alimenta de frugal comida; está sedentariamente en su región y apacienta ganados, limpia la tierra de feroces alimañas, como tigres, leones,

(2) Juan Vicente González, Fermin Toro y Rafael Maria Barralt. — (Nota del autor.)

sierpes y caimanes, y va poco a poco fundando sus plantíos, donde el plátano y el maíz muestran al sol su ruidoso manto estrellado de espigas.

D. M.

I

Extensión y forma de las llanuras de Venezuela, según los trabajos geográficos de Codazzi.—Fenómenos atmosféricos: señales naturales del invierno o estación de las lluvias; fauna y flora de aquella región, según Humboldt.

LA conformación topográfica de esta parte del país venezolano es uno de los más asombrosos aspectos que presenta el Continente a la curiosidad del hombre de estudio.

Semeja un mar de hierba que se interna en el espolón de las empinadas cordilleras de los Andes, que forma horizonte por los cuatro puntos cardinales. Y este horizonte, de un azul blanquecino, es como una faja fantástica que pone mirajes de fábula en los ojos que lo contemplan.

Este sistema de llanuras divídese en cuatro zonas: las de Cumaná y Barcelona presentan una planicie irregular: grandes are-

nales, mesetas arropadas por una espesa sabana de hierba, donde se ocultan escarpados farallones, y de trecho en trecho, aplastadas colinetas; las de Carabobo y Barinas, que van salteándose en extensiones de cuatro o cinco leguas entre caprichosos vericuetos de serranía caracterizados por una piedra caliza o un terreno arcilloso y duro; las del Orinoco y el Caura, que son, en general, blandas y fangosas por el desborde de los mil ríos afluentes de estos dos colosos hidrográficos; y finalmente, la gran zona, por excelencia, del Guárico y del Apure, Alto y Bajo, que forman el núcleo principal del sistema plano del Continente.

De los trabajos de Codazzi (1) despréndense los siguientes informes: las llanuras de Venezuela están situadas entre las vertientes superiores de la cordillera de los Andes y el curso principal del Orinoco en forma semicircular, y miden una extensión de tres mil cuatrocientas leguas castellanas. Hállanse regadas por los siguientes ríos navegables: Orinoco, considerado co-

(1) Geografía de Venezuela. — (Nota de la presente edición).

mo el segundo de América; el Apure, el Arauca, el Portuguesa y el Juanaparo; de menor importancia, y que también son navegables en la época de las lluvias, el Guárico, el Morador, el Chorroco, el Tucupido, el Rosa Blanca, el Tigre, el Acarigua y el Camagua.

En la estación seca, que principia en noviembre y se prolonga hasta mayo —que es cuando comienzan las lluvias o el invierno tropical—, la temperatura de los llanos es un tanto calurosa; pero jamás llega al grado sofocante de algunas latitudes en las costas del mar de las Antillas, del Pacífico o de los Andes colombianos.

La brisa del E. y del NE. sopla con rapidez, y a medida que alza el sol aumenta su violencia, disminuyendo cuando este astro declina.

Como estos vientos empujan las capas de aire ya caldeadas por la tensión calórica de las mesetas de Barcelona, llegan a las llanuras en ráfagas un poco más cálidas en las altas horas de la noche.

De diciembre a febrero sostiénese la temperatura en su grado extremo de calor: el cielo está siempre despejado; pero

la atmósfera se mantiene opaca, debido a los torbellinos de polvo que el viento arrebatada a los médanos.

Humboldt, en su magnífico viaje (2), hizo observaciones curiosísimas a este respecto. “Hacia fines de febrero y principios de marzo —dice— es menos intenso el azul del cielo; el higrómetro indica poco a poco mayor humedad; las estrellas suelen estar menos empañadas con un ligero velo de vapores, su resplandor es menos tranquilo y planetario y se ven centellear de cuando en cuando a 20° de altura sobre el horizonte; la brisa se va haciendo menos violenta e interrumpida por calmas. Luego se acumulan nublados hacia el SSE., que parecen como montañas lejanas de perfiles intensamente señalados; de cuando en cuando se desprenden del horizonte y atraviesan la bóveda celeste con una rapidez que no corresponde a la debilidad del viento que reina en las capas inferiores del aire.

A fines de marzo se observa la región

(2) Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente.
— (Nota de la presente edición.)

austral iluminada por algunas explosioncillas eléctricas, que son como resplandores fosforescentes circunscriptos en un solo grupo de vapores. Desde entonces la brisa pasa frecuentemente y por muchas horas al O. y al SO., y esto ya es un signo seguro de las lluvias, que empiezan en el Orinoco y en el Apure veintiocho o treinta días después.

El cielo comienza a empañarse. Se acrecienta el calor de la atmósfera; bien pronto no hay nubes, sino densos vapores que cubren la bóveda celeste."

Las observaciones del físico alemán son exactas. La ciencia fué a su lado en ferviente peregrinación para iluminarle los profundos senos de aquella naturaleza maravillosa y mostrarle los encantados secretos de que es guardadora; mas hay otra suerte de observaciones que necesariamente tenían que escapar a las actividades del sabio, puesto que no dependen de la ciencia y que son atributo de la visión natural de los que han vivido en íntima y perenne confianza con ella.

La Naturaleza, como todas las hermosas, es esquiva y zahareña; es preciso cautivar-

la con la asiduidad y la constancia; no cede del primer momento, sino que antes bien se recata en ofrecer sus preciosos secretos.

Esas transformaciones atmosféricas, esos resplandores fugaces que como encajes levísimos adornan el seno sombrío de la inmensidad, esas altas y bajas de la temperatura, esas ráfagas bruscas, esos estremecimientos de la tierra, agitada por los vapores, esa crecida de ríos y caños y lagunas sin razón aparente, el adormecimiento de los follajes, repercute en los seres animados, y complementa, por decirlo así, la perturbación que produce todo cambio, toda transformación en el orden universal.

Junto con estas agitaciones de la atmósfera, en las llanuras los monos aulladores (*araguatos*) lanzan sus ecos lastimeros mucho antes del amanecer. Los toros bravíos se muestran rijosos y lanzan al aire los clarines de sus pitazos, escarban furiosamente con las pezuñas delanteras, y rasgando las raigambres, avientan el polvo y la hojarasca y la leñosidad de las hierbas con violencia, quedando como bañados de toda aquella basura. Las sierpes se ponen en

celo y mudan la piel soltándola en la forma de una cáscara seca y blancuzca; y los venados se alejan en grandes tropas, buscando la parte alta y lejana de la llanura.

En todas estas demostraciones advierte el llanero que la estación de las lluvias se aproxima (prematura o tardía), y se apresta a sacar sus rebaños encaminándolos hacia las partes que su conocimiento le indica que no serán inundadas por las crecidas.

Estas invasiones del agua en las grandes llanuras que están influídas por los ríos se explica del modo siguiente:

El Orinoco, por la inmensa masa de caudales que arrastra, tiene mucha más potencia y rapidez de corriente que el Apure, el Arauca y otros ríos menores que le rinden tributo.

No pudiendo desalojar su cauce debido a esta presión, se desbordan sobre las llanuras, llegando en muchos lugares a tener la capa de agua hasta dos brazas de espesor.

Cuando está en lo más recio la estación de las lluvias, que las *sabanas* quedan convertidas en ancho mar, la capa de hierbas se desarraiga de la tierra y flota a la superficie: sólo quedan en su sitio los árbo-

les, como chaparros, jobos, palmeras, yagrumos, ceibos, merecures, juásduas y otros muchos ejemplares de la flora de aquellas latitudes. Casi todos los animales silvestres emigran: sólo permanecen ahí monos aulladores, un oso vernáculo conocido por el llanero con el nombre de *oso palmero*, el cual pasa la vida en la copa de estos árboles, donde hace sus guaridas, muy abrigadas, por cierto, entre las sinuosidades de las pencas.

También permanecen en la zona ciertas gaviotas pamperas llamadas *chicuacos*, y los patos salvajes, especie ésta numerosísima, habiendo algunos de colosal tamaño, como el conocido con el nombre de pato real o *yaguazo*. Es este raro ejemplar de la zoología de los trópicos, de color blanco con las alas negras y el pico de un tono azulado oscuro. En la magnífica obra de Fernández de Oviedo (3) hay una descripción de un palmípedo semejante a éste que existe en las landas mejicanas, y acaso pertenezca a la especie ánseres que incluye Linneo en su Zoología descriptiva. Su car-

(3) *Sumario de la Historia Natural de Indias.*

ne es en extremo sustanciosa y pura y cada ejemplar ofrece una cantidad considerable de ella. Según las observaciones de M. de Bompland, el *yaguazo* mide hasta vara y media de uno a otro extremo de sus alas, y, al efecto, este célebre naturalista comenta en forma expresiva la excelencia de este producto de la fauna pampera.

De estos escritos probablemente ha deducido Darwin su *Sistema morfológico*.

Es éste una magnífica explicación de la influencia vigorizante de las carnes rojas sobre los tejidos; de esta obra sólo conocemos algunos fragmentos publicados por la *Revista Valaca*, en 1844, y los comentarios que de ella hizo M. Durkey en el *Heraldo* de Edimburgo.

Otro animal que permanece en los árboles durante las lluvias es la *iguana*, lagarto verde, pequeño, cuya carne y aovación es succulenta. Fernández de Oviedo hace una curiosa descripción de él.

Luego que se efectúa esta transformación, aparecen en la llanura los bajeles de todos tamaños: bongos, canoas de junco *cienaguero*, balsas y piraguas veleras.

Entonces el espectáculo es de lo más pin-

toresco y singular: discurren en todas direcciones los bajeles por entre palmares y por las calles de muchas poblaciones, donde las casas son construídas sobre estacas, previendo la invasión de las crecidas (4); las canoas, o bongos o piraguas, llegan a las puertas de las casas ofreciendo sus mercaderías. Saludos que se cruzan de piragua a piragua con risueña picardía; un bonguero que lanza un dicho galante al pasar por frente a una ventana donde hay una moza.

Este sistema hidrográfico de las llanuras, según Humboldt, presenta muy pocos ejemplos: tirando una línea desde San Fernando de Apure hasta la boca de Capanaparo, y considerando el río (Apure) como una línea que va hacia el Norte, aparecerá que su delta interior está a 120 leguas del mar.

Cuando el Orinoco empieza a bajar a fines del mes de agosto, el Apure desagua

(4) Las poblaciones de Venezuela que se inundan durante las lluvias son: San Fernando de Apure, La Unión, Juanaparo, Libertad de Cojedes, Puerto de Nutrias, Masparro, Curiapo, El Toro, Piacoa, Tucupita y Boca de Uraoa. — (*Nota de la presente edición.*)

también y cesan las inundaciones, y sólo quedan navegables los esteros, las ciénagas, los caños; que en el transcurso del verano disminuyen gradualmente sus caudales, o lo que es lo mismo, a medida que se evaporan por los calores del sol.

Las sabanas de Cumaná y Barcelona tienen por peculiaridad sus grandes mesas y morichales (oteros); las de Guárico y Carabobo, galeras y pretilos; las de Barinas, un declive igualmente encajonado entre vegas fértiles; las de Guayana ofrecen un aspecto más bien montañoso.

Codazzi ha hecho las siguientes medidas de las llanuras:

ALTURA MEDIA SOBRE EL NIVEL DEL MAR.

SECCIONES	Metros
Cumaná	204
Barcelona	201
Guárico	150
Carabobo	150
Barinas	159
Apure	109
Guayana	121

El reino vegetal no sufre, antes prospera prodigiosamente lozano, con las persistentes lluvias y las inundaciones.

Humboldt (5) establece la siguiente nomenclatura de la flora llanera:

Palma llanera (*copernicia*).

La palma moriche, o árbol de la vida.

El saman (*mimosa gigantae*).

El árbol de vaca o de leche (*Brotinum galactodendron*).

El calabacero (*crecentia cujete*).

El chinchona, tan estimado como febrífugo.

El *copaifera officinales*.

El sarrapia (*dipteris odorata*).

Y el merecure (*Rodamonguianense*), liana que sirve para preparar el terrible veneno llamado *curare*.

De los cultivos que comienzan a hacerse con gran producto, el maíz y el plátano.

De la fauna establece:

Dieciséis especies de monos, numerosas de quirópteros, león, tigre, el cabidi o chigüire (*Cavia capivara*), el cuchicuchi (*Cercoleptes caudivolvulus*), vacas marinas,

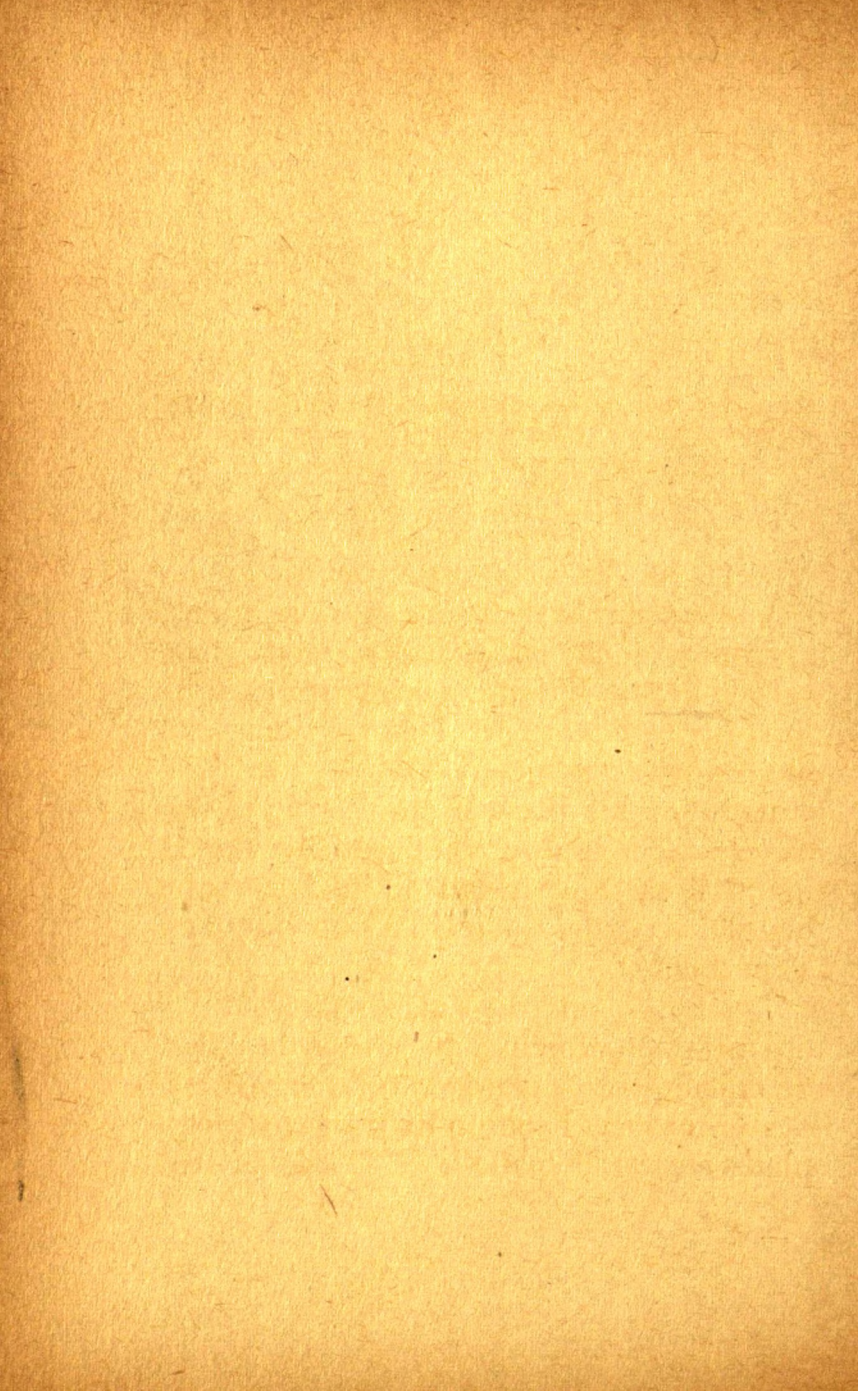
(5) Obra citada. — (Nota de la presente edición.)

cerdos de mar, babas, caimanes, tortugas, galápagos.

La extensión territorial arroja en toda su amplitud de sabanas, tanto del llano propiamente dicho, como de las pampas de otras provincias, el siguiente cómputo, que creemos exacto (6):

	<u>Leguas cuadradas</u>
Barcelona	1.979
Región Guárico	2.273
Barinas	1.300
Apure y Guayana	3.448
	<hr/>
	9.000

(6) Codazzi.



II

Los primeros colonizadores del Llano. — El abolengo indígena; el abolengo español. — Fundación de Calabozo y de San Fernando de Apure.

ANTES de la Conquista habitaban las soledades del Apure y del Arauca los indios *Achaguas*. Cristóbal Rodríguez, venido a estas llanuras poco después de la Puebla procedente del Tocuyo, fué el primero que introdujo en ellas el ganado vacuno; esto fué hacia el año de 1530, fecha desde la cual se comenzó a formar la maravillosa prosperidad de los hatos que hoy son verdaderas Arcadias de riqueza en Venezuela.

Los hatos, tal como se les construye y organiza actualmente, fueron en la época de la conquista, cuando con las expediciones de entonces llegaron los primeros ejemplares de raza española de Córdoba, bas-

tante degenerados ya por cierto, debido a la diferencia de clima entre Andalucía y las pampas tropicales.

Humboldt, en su famoso viaje, dice lo siguiente:

“Estas sabanas son el extremo del declive de la gran cordillera de los Andes que se dirige de Poniente a Naciente: ni un peñasco, ni una piedra, ni un cascajo se encuentra en estas planicies: arena y greda es todo lo que entra en su composición. Sabanas limpias siempre frescas; el nivel uniforme de todas las da aspecto como de superficie de mar; en medio de tal océano de verdura sucede al viajero lo que al navegante cuando empieza a descubrir las velas de un buque que se asoma por el horizonte; los hatos, con sus pequeños grupos de árboles, parecen buques de velas y producen en su lejanía el efecto de éstos.”

Tal fué la impresión que produjeron al gran naturalista alemán los hatos del Alto y del Bajo Apure.

Volviendo a los primeros colonizadores del Llano, Cristóbal Rodríguez fué quien fundó el primer hato llanero.

A unas veinticinco leguas del sitio en

que está hoy Calabozo, la ciudad capital del Guárico, hay un lugarejo llamado Ube-rito. En él fué donde se estableció Rodrí-guez, con once familias cordobesas, y fun-dó la puebla que él llamó San Luís de la Unión, fundación ésta que, habiendo sido incendiada por los patriotas en la guerra de la Independencia, pasó en su mayor par-te a ingresar en el Pueblo del Rastro.

Rodríguez llevó a aquella fundación dieciocho vacas paridas que habían sido enviadas de Nueva Granada, con destino a un tal Silvestre Guevara, residente en El Cauca; pero que, por inconvenientes in-superables que se presentaron para su transporte, fueron tomadas por la Audien-cia de Santo Domingo, y ésta las destinó, con diez yeguas jerezanas y dos potros, a la expedición de los Llanos.

Veinticinco o treinta años después, o sea en el último tercio del siglo xvi, ha-bía en el Guárico y el Apure un promedio de doce a catorce mil reses, y más o me-nos la mitad de raza caballar y asnal.

De ese modo puede determinarse que las razas de ganado que pueblan nuestras pampas son de origen andaluz.

Mas su propagación no llegó a un verdadero auge hasta mediados del siglo xvii, en que existían (1):

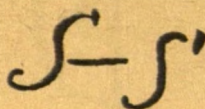
NOMBRES	Reses
Hato de José Solórzano, en Uberito	11.580
Id. de Juan Figueroa, en Arichuna	2.300
Id. de Manuel Landaeta, en El Altar	10.000
Id. de Atanasio Torrealba, en La Unión	8.000
Id. de Felipe Cedeño, en Cazorla	4.000
Id. de Agapito Viso, en Morrocayos	3.000
Id. de Ladislao Pérez, en El Rastro	9.000
Id. de Cándido Montenegro, en La Misión de Arriba	4.000
Id. de Fermín Sosa, en Las Angosturas	9.000
Id. de Fernando Calzadilla, en la Huerfa- nita	5.000
Id. de Esteban Palacios, en Apurito	9.000
Id. de Aparicio Rodríguez, en Chaguaramas	5.000
Id. Seis fundaciones pequeñas	12.000
Id. San Diego, propiedad de Diego Do- mínguez Rojas y Pedro Beroes, que pa- rece ser, después de la fundación de Ro- dríguez, el más antiguo de Los Llanos	30.800
La Cruz, hato de los hermanos Mier y Terán	15.000
	<hr/> 137.680 <hr/>

— (1) *Relación de las Ganaderías en las Indias para Su Majestad.* (Archivo Real de Arichuna). — (Nota de la presente edición.)

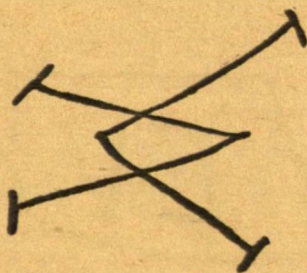
En los archivos de la iglesia parroquial de Ortiz, con motivo de la costumbre que tenían entonces de bendecir el hierro con que marcaban los ganados, hay varios documentos, de donde hemos podido sacar lo siguiente:



Marca de Esteban Palacios.



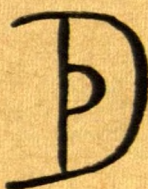
De Fermín Sosa.



Atanasio Torrealba.



Benicia Perdomo.



De Pedro Fraile.



Evangeline Lopez.



Felipe Cedeño.



Eugenio Natera.



José Solórzano.

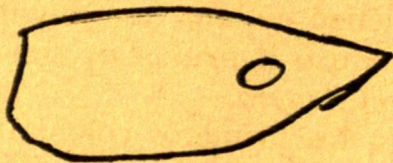
Para marcar las orejas al ganado no usaban nada más que el llamado *tenedor*, con varias formas. Una de ellas era tajar la oreja de la res del modo siguiente:



Oreja natural.



Oreja marcada.



Marca del Hato de Palacios.

Las reses no marcadas ni en las orejas ni por medio del hierro en el costillar o en el anca derecha se les consideraba como bestias realengas que cualquiera podía echarles el lazo y llevárselas a su casa.

Esto lo denominaban los cabildos *Res nulliums*, en el estilo erudito de las leyes; y *orejanos*, el vulgo en la lengua vernácula.

A principios del siglo XVIII dictó el Cabildo de Santiago de León, de Caracas, la primera ley reglamentando ciertos usos que ya pasaban a ser abusos en los grandes criaderos de las pampas. En esta fecha puede decirse que nació el abigeato de los Llanos.

De entonces en adelante comenzaron los robos a mano armada y el abigeato, pues, por antonomasia.

Si de abolengo andaluz fué la riqueza viva que inunda hoy nuestras vastas llanuras en innumerables rebaños que nos dan todos los regalos para nuestra comodidad, de abolengo andaluz es en parte el elemento étnico llamado hoy con toda propiedad el *llanero*.

Tanto los primeros colonizadores que llegaron con La Puebla como los que pre-

cedieron a Rodríguez y después, procedieron indistintamente de Almería, Córdoba, Granada, Cádiz, Sevilla y Jaén.

Del elemento indio es claro que tiene gran parte; mas ésta no representa, hoy por hoy, ni siquiera un tercio.

Enzarzados en una guerra que duró más de ochenta años antes de la conquista, los achaguas, los yaguales y los arichunas estaban casi destruídos a la llegada de los primeros colonizadores.

El conquistador era un elemento vigoroso, con mucha sangre y fuerzas orgánicas, palpitantes, recias en la espesa red de sus nervios, y al chocar con aquel otro elemento pálido y entenebrecido por una naturaleza calurosa y monótona, venció y se impuso sin mayores resistencias hasta el extremo de hacerle desaparecer.

Con los tamanacos, los amaibos y barangas y quince familias andaluzas fundó la Compañía Guipuzcoana la ciudad de Calabozo a mediados del siglo XVIII.

Los hatos de *San Diego* y *La Cruz*, o sus dueños, edificaron la catedral de Calabozo, que costó ochenta y dos mil pesos.

Por circunstancias de estas mismas do-

naciones y dispendios, viéronse los propietarios del hato La Cruz en graves apuros, y llegó a tal extremo el trance de sus compromisos, que tuvieron que enajenar las tierras ciento cuarenta años, cosa bastante curiosa, si se tiene en razón la multitud de brusquedades y variaciones a que estaba sujeta la administración de la colonia, la continuada transición de disposiciones reales, que hoy estatúan una cosa, mañana otra.

En resumen: que la enajenación del hato *La Cruz* lleva ciento doce años pasando de padres a hijos y a nietos el documento de empeño.

A las riquezas del hato de San Diego débese en grande parte la fundación de San Fernando de Apure. El dueño primitivo de este hato, Pedro Beroes, era de aquel lugar e hijo de un arquero almeriense del mismo nombre.

Los descendientes de éste fundaron *La Candelaria*, que desde hace veinticinco o treinta años es también una finca rural considerable.

Los jinetes andaluces introdujeron en tierras llaneras las costumbres, los siste-

mas de organizar vacadas, someterlas, domarlas; pero ya por las necesidades de la propia naturaleza tropical, enteramente distinta a las de Europa, ya por viveza de temperamento y malicia de ingenio, el llanero abandonó los sistemas de sus progenitores, y lucha hoy con toda clase de animales bravíos, poniendo en actividad sus no comunes habilidades, haciendo arte propio con su astucia y su prodigiosa destreza.

La misma lucha perenne y expiatoria con los elementos ásperos y rebeldes de las llanuras le ha ido inspirando los medios eficaces, y con ellos ha logrado imponerse victoriosamente; hace del potro cerril su esclavo y poderoso auxiliar vadeando ríos, cazando reses bravas, guerreando contra sus propios compañeros: convierte fieras e impetuosas novillas en mansas y perezosas *lecheras*; burla la ferocidad del caimán ruidosamente en las revueltas ondas de los ríos; y a la hora del sosiego y de la calma, cuando la brisa agita el precioso abanico de las palmeras, el llanero se columpia como un sultán oriental en la suave red de su chinchorro de finas cuerdas de moriche.

No es el llanero propiamente un híbrido de español e indio; es más: en su sangre hay también un sedimento africano.

De ahí que en los arrebatos de su despótico ánimo aparezca siempre un reflejo de pesadumbre y de queja.

Con la soberbia y el ímpetu del conquistador, con la esquivez rencorosa del indio, suele aparecer de cuando en cuando en su semblante y en sus ademanes la tristeza de las razas vencidas.

Es el esclavo encadenado por los galeotes y sumido en el fondo de la obscura santabárbara de la carabela negrera, que aparece en este fervido elemento español e indígena.

De ahí también su propensión al aislamiento de la soledad de los palmares, y la alegría quejumbrosa de sus cantos de amor.

III

Los amores del llanero. — Instrumentos de música. — Traje y arreos. — Las flores en las crines y en las cañoneras. — Su poesía.

LA amada, o la querida, o la esposa, el caballo y la guitarra: he aquí los dioses del llanero.

He aquí los compañeros en la soledad de los palmares.

Para él no hay pesadumbres cuando están estos elementos en torno suyo.

Es la trípode maravillosa sobre que descansa la lámpara toda fervores de su espíritu.

En estas tres cosas, y con ellas otras no menos nobles que las aderezan, pone el habitador de las pampas de mi país una extremada delicadeza.

Cada uno de sus detalles es una ciencia, es un arte de consumado artífice, crea-

dor de elegancias, maestro de consumadas plásticas.

Cuando el llanero llega a los dieciocho años, ya adiestrado por su padre en la ruda faena de la llanura, piensa, ante todo, en emanciparse de la patria potestad de los que le dieron el ser. Es como el aguilucho después que ensaya el vuelo del nido al picacho inmediato. Siente la nostalgia de su hembra y del nido suyo, tejido a esfuerzo de alas y garras, con salvajes breñas.

Y entonces busca la novia, y al encontrarla, siente la necesidad del caballo propio y de la guitarra, para cantar al son de ella los fogosos octosílabos, cuyas estrechas estrofas son como la gris celdilla donde va la abeja de oro alada y fiera de la rebeldía.

La guitarra del llanero es pequeña y rústica, con cuatro cuerdas forjadas por su mano con tripas de recental. Los trastes, en número de dieciocho, van incrustados en el cuello del instrumento y fuertemente adheridos con gomas resinosas extraídas del árbol del *paraguatán*. Estos trastes son de piel de toro, que, sometidos a la acción del sol durante quince o veinte

días, llegan a adquirir tal solidez, que lastiman los dedos no habituados a oprimirlos.

La sogá o rejo de enlazar es también una obra de arte.

Mide dieciséis o dieciocho brazas de largo.

El llanero escoge la piel que le ha de servir para confeccionarla; ha de ser piel de res vieja, vaca o toro, pero de pelo cárdeno (1), que, según su experiencia, es la que ofrece mayor solidez y elasticidad.

Desollada la res, extiende la piel y la prensa por medio de unas estacas; luego, con una afilada cuchilla saca un círculo del tamaño de una moneda grande en todo el centro de la piel, y de ahí en adelante va cortando de modo de sacar una correa de una pulgada de ancho. Cuando el corte llega a las extremidades de la piel, ya tiene la cantidad de trozos apetecidos.

Esta larga correa es retorcida cuidadosamente y tendida tensamente al sol hasta que se seque. Como después de esta operación la sogá queda en extremo tiesa y

(1) Amaratado. — (*Nota de la presente edición.*)

áspera, el llanero la suaviza untándola de grasa. Ata la punta a la cola del caballo y da a correr con ella, arrastrándola por los medanales durante dos o tres horas, y así la pone en las mejores condiciones de elasticidad.

Los arneses del llanero son sumamente sencillos y muy sólidos: todos son de piel cruda como la sogá. A la grupa dos pequeños lazos de rejo, que llama *tientos*, para atar el *chinchorro* o hamaca, que lleva embolsada en una alforja de lienzo. En esos *tientos* van también asegurados el rollo de sogá, un cuerno de toro que le sirve de copa para tomar agua o aguardiente. Éste cuerno va decorado con artificios y primores ejecutados por él en horas de siesta o de descanso, valiendo de cincel o buril la punta del cuchillo de cintura o la lanza.

Estos primores consisten en arabesco imitando palmeras, flores o retratos de seres queridos. En los *tientos* va también la guitarra y una bolsa de piel de becerro, con el bastimento.

En la parte delantera de la silla van las cañoneras, o sean dos pequeñas y angos-

tas alforjas, donde guarda el llanero sus hilazas, sera, lezna, aguja y demás enseres de hacer guarnición; sobre estas alforjas va arrollada la cobija o *poncho*, con que se protege de las lluvias o de las agresiones de los insectos, cuando duerme a campo raso.

En las cañoneras de la silla pone la novia macizos de rosas sabaneras, u hojas de plantas perfumadas "para que *él* se acuerde de *ella* cuando ande por allá lejos".

Y en esas alforjas se colocan muchas veces también mensajes de amor en garrapateada letra cuando los novios son de cierta clase, amos o mayordomos, o circunstancias especiales han contribuido a que el tercio de la pampa y la amada hayan sido criados en casa de "gente grande" de la ciudad o del pueblo.

A veces el llanero llega a un hato donde vive la que él está "ojeando": descien- de del potro, lo ata a las bardas de la corralada y entra a hablar con los dueños o patrones, o bien a decirles alguna "recomienda".

Puede que se esté adentro bastante rato, media hora, una hora.

Cuando sale, al ir a tomar las bridas, siente un estremecimiento de alegría: la dicha ilumina sus pupilas. ¿Qué pasa?

Es que ha encontrado que las crines de su potro han sido trenzadas y adornadas con redes coloridas y con flores perfumadas.

Durante su ausencia, manos invisibles de hada traviesa, han llegado a acariciar las crines y el cuello soberbio del moro o el alazán.

El llanero vuela la pierna al corcel y se aleja, sintiendo que su alma va como las crines de aquél: adornada con cintas y rosas de amor.

Arrima el enmohecido acicate a los ijares para que la bestia se dé prisa, y se aleja, se aleja, perseguido por unos ojos negros y tristes.

Valiente, impetuoso, despótico y noble, es el llanero, más que nada, poeta.

Su poesía tiene la recia fiereza de los elementos que se agitan en torno suyo.

Extremosísima como sus arrestos, llega a las más exaltadas vibraciones épicas y los más delicados ensueños.

Esa poesía que vive en el alma del lla-

nero es la misma melancólica poesía de los palmares agitados por las brisas, o la ronca de la tormenta, cuando aletea ensoberbecida en las crines del turbión.

De sus amores, de sus guerras, de sus lances de caza o vaquería, extrae el llanero los más hermosos poemas.

A raíz de la guerra de independencia apareció una especie de romance, que se cantaba mucho en *El Rastro*, *Calabozo* y demás costas del Guárico, relativo a la novia de uno de los lanceros del general Páez, después de su muerte, la cual, según la leyenda, murió en olor de santidad, guardando la fe jurada a su primer amor.

SUSANA

Mataron a Juan Herrera
en la pelea del Yagual,
arrequintando su lanza
contra el ejército real.

Con un lanzaso en el pecho
lo hallaron en la Sabana,
y por eso allá en el Paso
lloraba tanto Susana.

*

Mirando yo la muchacha
en aquel dolor tan fiero,
¿qu'iba a hacer?, ¡aconsejala
que olvidara al sabanero!

*

Ella agachó la cabeza
a lo que le aconsejé...
Y cuando hube terminao
me dió la espalda y se jué.

*

Quien la vido en el camino
me dijo qu'iba muy pálida,
y creo que los negros ojos
llevaba moríos en lágrimas.

*

Desde entonces en mi desgracia
para siempre llevo yo
¡la fosa de Juan Herrera
abierta en el corazón!

DESPEDIDA

Mañana, prenda adorada,
me voy pa una vaquería;
¿quieres tú que yo me acuerde
de tu amor todos los días?

*

¡Que no me mate una res
ruégale a Dios en tus rezos,
que alguna flor sabanera
me jará pensá en tus besos!

RIÑA

El indio José Tomás
anoche me amenazó,
¡porque su mujé y que dice
que'l no i que's mejor que yo!

*

Que pelée con su mujé
y no me venga a jochá,
¡porque yo no toos los días
tengo ganas e toreál!

EN LA VAQUERIA

La punta al ojo e la cincha,
un condenao toro negro,
se la aplicó a mi caballo
y me lo dejó por muerto.

*

Desde ese día me pongo
entristeció y caritieso
cuando me sale al costao
punta brava o toro negro.

INDIRECTA

La mujer que quiere a cuatro
y con su marido cinco,
no tiene perdón de Dios
ni compasión de sí mismo.

OJOS VERDES

Carmelita, Carmelita,
me llevan al tribunal,
porque dicen que robé
la esmeralda episcopal.

Me mandarán pa la cárcel,
me van a mandar, ¡carrizo!
¡Dame uno de tus ojitos
para engañar al obispo!

RUBIA EN CINTA

¡Ah, catira; bien, catira!,
¡con sus ojos como gato;
pero tiene una barriga
que si no son tres son cuatro!

QUEJA

Más bien que hubiera nacido
yerba silvestre en el campo
y no haberte conocido
para haceme sufrí tanto.

FANFARRIAS

Sobre la paja, la palma;
sobre la palma, los cielos;
sobre mi caballo, yo,
y sobre mí, mi sombrero.

CONSEJO

Si tu mario es celoso
échale un güeso entre el plato
y mentre lo esté royendo
conversaremos un rato.

TERNURAS

Yo tengo, vidita mía,
para poderte cantar,
una guitarrita de oro
y un capacho de cristal.



Las estrellas en el cielo,
la luna en el carrizal,
boquita de caña dulce,
¡quién te pudiera besar!



¡Lucerito, lucerito,
lucerito de mi amor,
dame tu boquita rubia
pa besar un corazón!

Quisera sé burro, prenda,
cuando te miro é mañana;
¡salí en medio é los barriles
a buscá la carga de agua!

*

La vide en el paso Apure
una mañanita é Pascua;
después la volví a mirá
que estaba recién casada.

*

Y es tanta la pena mía,
esta pena que me abruma,
que me la paso soñando
con mirate pronto viuda.

*

Llevo prendíos dos ojos
en medio del corazón;
son como dos alfileres
negros en el algodón.

Si fuera a transcribir todos los versos
que corren, conocidos y afamados en la
musa llanera, no bastaría un voluminoso

tomo. Pasan de cuatro mil las coplas consagradas y guardadas cuidadosamente por la tradición en su arcón oloroso a eternidad.

Los bailes y *escobilleos* llaneros son también numerosísimos; en el capítulo que sigue hacemos una sucinta relación de los más curiosos y sugestivos.

IV

Continuación del anterior. — Bailes

DE la poesía de las llanuras no existen, como de los romanceros españoles, viejos infolios, ni volúmenes incunables, ni reminiscencias históricas.

No se conservan mármoles ni bronce eternizando los cantares de los trovadores de otro tiempo.

Pero hay un gran libro cuyas páginas están iluminadas por una lumbre divina y en el cual van leyendo las generaciones estremecidas de pasión y de amor: el recuerdo.

Es libro y es espejo encantado que guarda fervorosamente las imágenes que en él se reflejaron.

Y por medio de esa milagrosa virtud ha logrado crear la diferenciación de las ra-

zas y de los pueblos formando lentamente los idiomas que los distingue unos de otros.

Así, en la poesía de las llanuras se ha venido formando, al través de los tiempos, una literatura profundamente original que encarna con la más intensa pureza todos los anhelos y todos los entusiasmos de la nueva raza que nace del hibridismo de los tres elementos étnicos puestos en fusión por las asperezas de la conquista: el español, el indio y el negro.

El llanero resulta pícaro y socarrón algunas veces. Y ése es el atavismo del pechero (1). Otras, indómito y bravío; y ésa es la sangre india batiéndose desesperadamente en la defensa de su independencia y de su suelo.

Otras, pensativo y hosco, casi sombrío, se ve en el fondo de sus ojos el alma de una incógnita tristeza: es la pesadumbre del negro atado por las cadenas de la esclavitud.

Del amasamiento de esos tres morbos no podía menos que producirse ese autén-

(1) ¿Del pechero español? — (*Nota de la presente edición.*)

tico ejemplar de raza pampera que ama, llora o canta como el turpial salvaje: vestido de oro por la magnificencia de su selva y de negro por la incurable barbarie de su fatalidad.

De este germen de ríspida tristeza hay en el Alto Apure un hermoso poema que se canta al son de *maracas* y arpas en los bailes llamados en la fabla vernácula de *joropo*. Es esta poesía una especie de capricho lírico ajustado a una copla de las más antiguas del *Romancero* de las pampas.

SOLEDAD

*Cuando estoy a solas, lloro,
y en conversación me río.*

*Con mi maraca en la mano
divierto los males míos.*

(Cerrido llanero.)

Mira tú si estaré triste,
que coge sabana un toro,
le echo encima el rucio-moro,
y al tumbarlo, diligente,
repite el eco doliente:
¡Cuando estoy a solas, lloro!

Mira tú qué pena tengo,
que pasando a brazo el río,
me clavó el colmillo frío
un caribe (2) condenao.
Tuve que llorá de lao,
y... ¡en conversación me río!



Aguantando la reyerta
del mayordomo Mariano,
me tiré en el alazano
pa serví de cabestrero
a un ganao cimarronero,
¡con mi maraca en la mano!



Es mi morena más buena
que las espumas del río,
canta como el tuurupío,
y más mansa que una vaca .
Huele su boca a albahaca,
¡y mata lós males míos!

(2) Pececillo rojo de los ríos navegables de Venezuela; es en extremo voraz y fiero, y sumamente peligroso, en virtud de que discurre por aquellas aguas en número de millones. —
(Nota de la presente edición.)

Algunas coplas picarescas y alusivas,
en donde va un sentimiento de rebeldía,
de mal reprimido orgullo:

Mi señora: si usted es blanca,
yo soy un triste moreno;
pero llegándose el caso,
ni usted es más, ni yo soy menos.

•

Cuando monto en mi caballo
y me fajo mi machete,
no envidio la suerte a nadie,
ni aun al mismo presidente.

•

Con mi maraquita triste
pongo la gente en cuidao...
Al que me salga, le salgo
y le digo: —¡Piazo de ajo!

•

¡Ábreme la puerta, cielo,
que vengo muy mal herío,
con dos fieras puñalás
que me ha dao tu marío!

Cuando un blanco ta comiendo
con un negro en compañía,
o el blanco le debe al negro,
o es del negro la comía.

•

Señores, vendo un negrito;
¿quién me lo quiere comprar?
Lo vendo por lisonjero,
porque publica mi mal.

•

Una negra destas negras,
vestida de muselina,
parece un troncón quemao
en el medio e la cocina.

En los bailes no es el llanero ni menos
artificial ni menos espléndido en varia-
ciones, armonías y bellezas.

En el baile es, acaso donde se desborda
más arrogante y gallarda su alma libé-
rrima.

En este aspecto de su vida, índole y cos-
tumbres, sirve de núcleo una trilogía co-
mo la del caballo, él y su hembra.

En el baile son él, el arpa y las maracas.

El arpa llanera llegó a las pampas de Apure navegando río arriba, en una carabela de la conquista.

Tiene la misma forma del arpa europea, construída rústicamente de madera de cedro con dos huecos en el vértice de la caja armoniosa y uno algo más grande en el vientre.

En estos huecos los días de fiesta ponen las mozas sabaneras macizos de flores vernáculos.

Lleva trienta y dos cuerdas repartidas así: seis *bordones* para los acordes bajos, que son de torcida piel de venado tierno; seis *primas* de nervio de becerro; y las *cantoras*, que son veinte, de tripas de toro.

Expresar siquiera pálidamente por medio de la palabra las millaradas de armonías que las manos brujas del arpista llanero arrancan al diapasón del arpa sería locura.

La palabra humana no puede dar idea del enjambre de notas de oro, de cristal, de acero, de bronce, que salen del arpa llanera al compás de las maracas.

Todas las quejumbres, todas las ale-

grías, todos los gritos de dolor y de rabia, todos los ímpetus salvajes de la tierra, todavía cerril por las asperezas emancipadoras, brotan de la encantada telaraña del arpa como por un maravilloso conjuro.

La onda musical retumba como la onda del mar embravecida, avanza, avanza, se encrespa, se extiende, se desdobra o se curva, y va adelgazándose, adelgazándose, hasta que se convierte en una hebra de plata, que se va matizando hasta que llega a una delgadez inverosímil, como si fuese un cabello rubio.

Es la idea que puede darse del arpa tañida por el sabanero.

Al lado del *Maestro Arpista* va el cantador, el poeta rural, con sendas maracas en las manos.

Canta mucho verso del romancero popular, salteado de cuando en cuando al venirle al recuerdo; pero en general va improvisando estrofas alusivas al momento, a su propia índole, según la impresión que predomine en su espíritu; o bien aludiendo las peculiaridades de las parejas que, al compás de la música y del canto, se sumergen en el vértigo de la emoción.

Estos bailes son generalmente en un *caney* de palmas, suerte de bohío amplio, donde caben holgadamente danzando veintiocho o treinta parejas.

El *cantador* a veces siente celos, o envidia, o anda en rivalidad o enojo con alguno de los tercios pamperos que está bailando. Comienza a cantar coplas a modo de sátiras o indirectas, afeando el modo de bailar aquél o lo poco hermosa de su pareja, o, en fin, cualquier motivo de los muchos que pueden tocarse para lastimar la susceptibilidad o la vanidad de una persona.

Se detiene el bailador aludido frente al cantador, llevando su pareja del brazo, pide turno, y comienza a cantar también "a la pata del arpa" "en contrapunteo", refutándole al cantador sus bellaquerías líricas.

De esto resultan prodigios de ingenio, en que los dos rivales se baten desaforadamente. Algunas veces, y no pocas, de estas disputas musicales y poéticas salen "bravos" los poetas y se van a las manos.

Tira el uno de la lanza, el otro del machete, acullá el del garrote, unos en favor de uno, otros en favor del otro, se pren-

de el combate y queda el lugar del baile convertido en campo de Agramante, regado de sangre, esterado de muertos o heridos... Las mujeres huyen despavoridas. Gritos, maldiciones y la tragedia con toda su ferocidad.

Acontece esto con mucha frecuencia en los *joropos*.

El *escobilleo* o *zapateo* del *joropo* tiene variedades tan ingeniosas y tan originales como la música.

Bailan asidos, mujer y hombre, muy estrechamente, y ambos se corresponden en acordar el tono haciendo resonar sus pisadas en el suelo.

Las mujeres llevan el pelo suelto, adornado con flores silvestres y hojas de una planta aromosísima llamada *albahaca*.

Visten una blusa floja suelta que les llega, a manera de chaqueta, hasta la cintura, y falda lisa hasta abajo. Ambas prendas de lienzo floreado o rayado de colores.

Los hombres usan sombrero alón, ya de *palma metida*, o de fieltro, fabricado en Ultramar o en los Estados Unidos.

Una camisa o blusa de lienzo crudo y un pantalón largo abierto por la pantorri-

lla, de suerte que le caen dos puntas sobre el tobillo.

Estos pantalones llámalos el llanero *garrajes* o *uña de pavo*.

En esto del traje, según la posición y recursos del sujeto, hace el pampero verdaderas filigranas.

Vamos a describir un llanero lujosamente vestido.

Ante todo, lleva a la cabeza un pañuelo de seda fina de abigarrados tonos, ya en flores o arabescos, anudado a la nuca de modo que dos largas puntas le caen sobre la espalda. Encima del pañuelo el alado sombrero de fieltro, que llaman en el Guárico y en el Apure de *pelo de guama* (3). La camisa, de impecable blancura, lleva cuello angosto, ceñido, y abrochado por dos botones de oro puro, formando cada uno una medalla, un corazón, una herradura, o la marca o hierro que usa aquel sujeto para marcar sus reses. De estos dos

(3) *Guama* es un árbol tropical que produce un fruto muy dulce, carnoso, en el interior de unos estuches peludos que parecen terciopelo. — (Nota del autor,)

botones sube una cadenilla, de oro también, de la cual penden los otros botones; vale decir, los de la pechera. En las mangas lleva a los puños sendas joyas del mismo metal. Toda la camisa, cuyas faldas van fuera del pantalón, flotando, está primorosamente bordada, con mil pliegues, dobleces, rizos y caprichosos calados. Principalmente en la pechera, donde generalmente lleva arabescos trabajados en redecilla negra decorada con hilos de oro y plata.

El *garrací* de lujo está abierto con algo más de exageración que el *garrací* común o de trabajo.

Desde la pretina hasta esa abertura, a lo largo, va una hilera de moneditas de oro o de plata atadas como los botones de la camisa, por su correspondiente cadena.

El pie, desnudo, lleva sandalias de piel de res, curtidas. Estas sandalias llámanse *cotizas*.

Cuando el sujeto así vestido usa barba larga, la lleva recogida por un anillo de oro cuajado de esmeraldas y rubíes.

La espuela también es de plata u oro cincelado.

V

El lenguaje. — Tabaco de mascar. — Los negocios. — Galantería. — Obsequios. — Ideas religiosas. — Los ensalmos. — Mal de ojos. — Potrancos y padrotes viejos.

EL lenguaje del llanero es uno de sus muchos detalles pintorescos y gentiles. En esto es marcadamente andaluz; sus exageraciones, sus embustes, su propensión a la burla y la guasa, delatan a leguas el abolengo de los vaqueros de las riberas del Guadalquivir.

Para todos los usos y costumbres de su vida tiene un giro, un término familiar.

Su compañero en las fatigas de la pampa y en la brega con los demás elementos, la tormenta, el río crecido, la guerra, es inevitablemente su *cuñado*.

—Mire, *cuñao*, mañana vamos a di de *vaquería*.

Es que va a cazar ganado.

Los huérfanos son *sutes*.

La hamaca en que reposa las horas de siesta llámala *campechana*.

Una bestia que tiene alguna de las orejas inutilizada o deforme por enfermedad, gusanos o accidente es *corneta*. Una yegua *corneta*, un *caballo corneto*. Los asnos para él *no son bestias*, y suele decir en son de aforismo:

—Ni burro es bestia, ni casabe (1) es pan.

De suerte que como *no es bestia*, pues tampoco es corneto aun cuando tenga las orejas defectuosas.

Es el asno un *corneto* a quien no se le echa en cara su desvergüenza.

De ahí saca el llanero otro aforismo.

Cuando alude a alguna persona sin mérito que a fuerza de bellaquería y malicia se hace pasar por persona de importancia y honorabilidad, exclama por lo bajo socarronamente:

—¡Se le ven las orejas!

O modificando la alusión:

—¡Es un burro tusero!

(1) *Casabe*, pan de Inca.

Cuando alguna bestia tiene el resabio de cocear, el llanero dice:

—Es un loro por la pata.

El corcel de excelente calidad por ser veloz y diligente es *montao* o *zumbao* por las patas.

Cuando ha llegado a la puerta de alguna casa, o a un abrevadero, o se ha dirigido a alguna persona, dice: “*choqué* a la puerta”, “*choqué* a la casa”, “*le choqué* a Fulano para preguntarle”.

A las viudas las llama “*vacas jorras*”.

A la novia, *prenda*.

A los curas, *benditos*.

Cuando alguien tiene miedo, dice: “*tiene jojana*”.

A las muchachas coquetas suele decirles: “*diente pelao*”.

A un caballo amaestrado en las faenas de la pampa lo llama “*de lengua pelá*”.

Expresiones cariñosas y entusiastas tiene muchas. Citaré algunas.

—¡Guá!, ¡cuñao!, ¡cuánto tiempo que no le miraba!

—¿Cómo están por tu casa, zambo viejo?

—¡Ah, hijo e pulla!

—¡Adiós, campechano!

—¡Yo y usté, pa los que vengan!

Las personas blancas de cabellos rubios y ojos azules son *catires*.

—¡Palo e catira; bien, güenamoza, la voy a cogé un día destos y la voy a llevá arrastrando por las mechas pa la vicaría!

—¡Yo no saberé rezá; pero sé echá palo (2) y cá tarrayazo es un muerto enjaretao!

Por este estilo son todas las fanfarronadas del llanero. El llama *tarrayazos* los golpes contundentes.

Los colores de las bestias los denomina, exceptuando el *negro*, que lo llama negro:

Rucio palomo. — El caballo blanco puro.

Rucio paraulato. — Blanco matizado de gris.

Rucio moro. — Blanco salpicado de negro, como dando un tono azulado.

Rucio mosqueado. — Blanco con menudas pintas negras o grises.

Alazán. — Castaño tostado.

Castaño. — El mismo tono, más claro, casi rojizo.

(2) Vapular.

Zaino. — El mismo tono, tirando a oscuro.

Bayo. — Color café con leche.

Ruano. — Rubio.

Zebruno. — Bronceado.

Los que llevan una mancha blanca en la frente son *joveros*.

Los que tienen los remos de un color distinto al tono del resto del cuerpo los llama *cabos negros* o *cabos blancos*, según: *bayo cabos negros*, *bajo cabos blancos*, *castaño cabos negros*.

Los que son escasos de cerda en la cola llámalos *colines*, o *ponchos*.

Cerderos, algunos ejemplares de estos que, al emprender la marcha, sacan la penca del rabo hacia un lado, de suerte que la cerda se desaparrama majestuosamente a manera de palma.

Son muy apreciados los caballos de silla que nacen con esta peculiaridad.

De ahí el refrán cuando alguna persona hace un negocio pingüe:

—Zambo viejo! La yegua te ha parío un *cerdero*!

En el ganado vacuno tiene el llanero su vocabulario, también especial.

Las vacas inutilizadas por la edad o por afecciones en la ubre, que ya no darán más producto, llámalas *horras*.

Las reses enfermizas o flacas, *mautes*.

Los colores son:

Barroso. — Blanco algo obscuro, como el café con leche.

Sardo. — Matizado de dos colores, cualesquiera que ellos sean, y se dice *sardo* azul, *sardo* rojizo, *sardo* negro.

Encerado. — Color aceituno o bronceado.

Lebruno. — Amarillo claro.

Araguato. — Color amarillo muy encendido, casi rojizo.

Orúo. — Cobrizo.

Borcelano. — Muy blanco, con los cuernos rosados y los ojos azules.

Negro. — Negro natural.

De otras señales hace el llanero las siguientes: *cacho broco* (los cuernos con las puntas hacia adentro cónicamente); *cacho de diabló* (cuando la res los tiene hacia arriba, muy pasados y agudos); *cacho gacho* (cuando los tiene caídos, de curva, sobre las orejas); *cacho de peineta* (cuando los tiene largos, retorcidos y horizontales).

La res negra o amarilla que lleva el vientre blanco es *bragada*.

Las vacas jóvenes y los toros castrados son *novilla*, *novillo*.

La vaca que ha tenido muchos hijos es *fundadora*.

Toros, caballos y asnos sementales son *padrotes*.

Caballos o burros en estado salvaje son *cerreros* o *cimarrones*.

En los asnos determina el llanero los siguientes colores: *pardo* (pardo); *mohino* (pardo oscuro); *cano* (matizado de blanco y negro); *guacharaco* (pardo rojizo), y los blancos y negros tal como son.

Una de las aficiones también de abolen-go andaluz, en el llanero, es la riña de gallos.

Para la pluma de éstos tiene también su vocabulario:

Canagüey, *giro*, *pinto*, *tarisayo*, *zambo*, *jabado*, *cenizo*, *gallino*, *marañón* y *candelillo*.

Buen catador, en la casa del llanero jamás falta el *tabaco de mascar* y el café tinto.

Experimenta una indecible sensación de placer rumiando tabaco.

Toma las hojas de éste bien secas, las pone a remojar en un líquido preparado con aguardiente de caña, papelón (3) quemado y anís, luego lo pone a secar al aire libre. El tabaco sometido a esta operación se ennegrece completamente y adquiere un aroma agradable. Para transportarlo y ponerlo en expendio el tabernero llanero lo hace trenzas apretadas y lo vende por *varas* y por *cuartas*.

La tabaquera del llanero es una *vejiga de toro*, que, cuidadosamente lavada y bien seca, con el uso de llevar las trizas de tabaco en su interior, se impregna a tal extremo, que cuando su dueño la saca para servirse *la mascada*, esparce en torno suyo el fuerte olor de aquel combustible.

De este vicio saca un término muy suyo para designar un hombre valiente, impetuoso, fuerte, y exclama:

—¡Ese zambo tiene tabaco en la vijiga!

(3) *Papelón*, azúcar morena no refinada. En otros países de América llámase *raspadura*. — (Nota de la presente edición.)

El tabaco prodúcele una saliva gris que el llanero se deleita en arrojar impregnándose de ella los labios; a esta saliva atribuye él innumerables virtudes curativas y desinfectantes: neutraliza con ella el veneno de las serpientes, la ponzoña de las avispas, abejas, hormigas, mosquitos; se frota con ella los miembros afectados por dolores reumáticos, y sana las heridas leves.

Quizás confíe demasiado en la virtud curativa del tabaco; pero lo que sí es cierto es que en la mordedura de serpiente tiene una eficacia rápida.

El café tinto es otro de los placeres del paladar llanero. A la vez constituye el obsequio con que agasaja a sus visitantes. A toda persona que llega a casa de un llanero le sale inmediatamente la mujer, o la hija, o la madre de éste, con una taza de humoso y aromoso café negro.

El café llanero es esencia pura; no es como en otros países donde lo cuecen, o muy claro, o muy simple. Además de que nunca lo mezcla con leche.

Aficionado a las permutas, suele hacerlas de todo: un asno por otro; un caballo por un buey; una vaca por seis u ocho

arrobas de tabaco *ambilado* (que *ambil* se llama la esencia con que lo impregna); cereales o legumbres por una *olla de carne*.

La *olla de carne* para el llanero es una medida fija: once libras y cuarto.

Su "caja" de guardar el dinero es muy curiosa.

Toma la piel con que el toro lleva cubiertos los testículos, la llena de ceniza y la pone al sol cuatro o cinco días. Esta especie de bolsa adquiere una rigidez de metal, y ahí va el llanero acumulando las morocotas, o peluconas, que se va proporcionando con sus habilidades.

Cuando la bolsa se llena, vacíala en un botijo que tiene enterrado en un sitio que *sólo él sabe*, y este acto lo llama *por si acaso*.

La legua llanera tiene algo más de legua y media castellana.

De lo ladino y malicioso que es da idea exacta el siguiente hecho:

Dos dueños de hato que, además de cordiales y buenos vecinos, eran compadres "de sacramento".

Ambos poseían rebaños de ganado va-

cuno en cantidad considerable, al extremo de no saber con precisión, ni el uno ni el otro, el número de cabezas que tenían, cosa ésta muy frecuente en los Llanos, donde no hay empalizadas ni ninguna otra clase de cerca.

Los ganados de una posesión y de otra vecina se mezclan en la parte de los linderos y sus dueños los distinguen por sus hierros respectivos.

A esto agréguese que el ganado nace, se cría, crece en las llanuras sin ninguna clase de guarda ni cuidado: el amo lo ve al azar cuando anda *sabaneando*, o cuando atraviesa en viaje para algún pueblo o hato distante, en que acertando a pasar por cerca de alguna *mancha* de reses se detiene y las mira con curiosa minuciosidad desde su cabalgadura.

La operación de la marca o *hierro* se hace anualmente, en el momento en que se pone en libertad las vacas de ordeño junto con sus crías, después de haber estado dando leche en la quesera durante seis meses, para no volverlas a apresar hasta el año siguiente, en que han vuelto a parir.

Entonces es cuando el ganado pequeño es herrado y marcado.

Y, es claro, hay una infinidad de reses que no han sido llevadas a la quesera, o porque no las vieron los peones cuando andaban *vaqueando*, o porque no estaban paridas en aquella ocasión, etc.

De suerte que se produce en los grandes criaderos una cantidad respetable de *orejanos* (reses sin hierro ni marca).

Y he aquí que, volviendo a los dos compadres, uno de ellos, que se preciaba de hombre travieso, solía llevar al desolladero de su casa, y para sus gastos de alimentación, reses *orejanas* pertenecientes a la posesión de su compadre y colindante.

Las reses ajenas que mataba, por un raro escrúpulo de conciencia, las anotaba, no en un libro, que el buen hombre no sabía escribir, pero sí en una tira de cuero. Con un cuchillo le hacía un piquete a la tira por cada res muerta. Llegaron a tantas las reses, que al cabo de años la correa de cuero crudo parecía una sierra de puro dentada.

Y se presentó el trance final: la muerte se le venía encima al pobre llanero. Mas

no podía morir tranquilo: el cargo de conciencia de haber hurtado tantas reses a su compadre bienamado le hacía terrible la agonía.

Resolvió enviar a buscarle para suplicar su perdón: no quería él presentarse a San Pedro sin aquel pasaporte para la eternidad.

—Compadre —comenzó a decirle con voz apagada—, yo me he comido una porción de *orejanos* suyos... No puedo morir en paz del Señor con este cargo de conciencia si usted no me perdona.

El interpelado se puso a reflexionar contando con los dedos y como haciendo cálculos. Luego abordó al moribundo:

—¿Y ha llevado usted la cuenta de esas reses, compadre?

El moribundo sacó la correa de debajo de la almohada con que tenía aderezado el chinchorro (4), y se la extendió al interesado. Este contó los *picos*, y sumaban unos doscientos, suma redonda; sonrió y respondió con desparpajo:

—¡Muera usted tranquilo, compadre!...

(4) Hamaca. — (Nota de la presente edición.)

En la correa en que yo llevo la cuenta de las reses que me he comido suyas, se miran doscientos...! y diez picos. ¡A padrote viejo no le relinchan potrancos! (5).

Esto revela la agudeza sutilísima del llanero, y lo fuertemente arraigadas que están las creencias religiosas en su corazón.

(5) *Potrancos*, caballo joven. — (Nota de la presente edición)

VI

El caballo: observación personal del autor. — Los *hatajos*; la *tusa*, “desmostrencamiento”. — La nobleza del bruto. — Su disciplina. — Paso de ríos; en las tormentas.

No puedo contener el impulso de hacer una descripción amplia y expresiva de lo noble que es el caballo llanero.

En el presente caso no se trata de un estudio morfológico ni anatómico, ni, hablando más cumplidamente, de *historia natural* sobre el caballo.

Quede eso para los naturalistas.

Sólo trataré de un hecho práctico, visto y sentido, del caballo de las llanuras venezolanas.

Los rebaños de ganado caballar los denomina el llanero *hatajos*. Para él son por excelencia *bestias*. Otros animales no son *bestias* para el llanero.

A la vez, *ganado*, para él, es única y exclusivamente el vacuno.

Los cerdos los denomina *manadas*; los asnos, *arreo*.

Arreo de burros, atraillados o sueltos en la sabana.

El *hatajo* de bestias lo organiza con doce yeguas jóvenes (potrancas) y un *padrote*, que es, generalmente, un caballo joven (potranco).

Estos *hatajos* cuesta mucho trabajo organizarlos: reunidas las trece bestias, son echadas a la sabana. Los primeros días no quieren andar juntas, pugnan por tomar cada una su camino y alejarse; se extrañan unas con otras, antipatizan. De manera que en los hatos tienen que ponerle a cada *hatajo* que se forma dos o tres peones a caballo, que están con él de día y de noche para obligarle a estar reunido.

A los tres o cuatro días comienzan a acostumbrarse y a encariñarse. De ahí en adelante no se separan jamás.

Los peones se alejan y el *hatajo* queda en la llanura a su discreción.

Instintivamente aprende el *padrote* a guiar y gobernar su rebaño. Agazapa las

orejas, blanquea los dientes, amaga tirarles coces a sus hembras, y así las empuja en masa hacia donde él quiere. Cuando van en marcha, camina él adelante.

En los hatajos sólo puede haber un solo *padrote*. Este noble bruto no conviene en compartir su autoridad y su goce con un rival.

En su *hatajo* él solo. Si se llega el caso de que un caballo extraño se le mete en el *hatajo*, lo ataca fieramente.

En esta pelea el *padrote* se enzarza hasta morir. Son frequentísimos los casos en que un caballo del *hato* se ha fugado de la *madrina* (1) y ha ido a disputarle el hatajo a un *padrote*, y después de una riña feroz, ha quedado muerto.

Casos también muchos en que ha sido el muerto el *padrote*, quedando el invasor dueño del *hatajo*.

Y así como brega hasta morir por el suyo, el caballo *padrote* no invade el *hatajo* ajeno.

(1) Rebaño de caballos para el trabajo. — (Nota de la presente edición.)

A veces se reúnen cinco, seis, diez *hatajos* en un mismo paraje de la sabana, y se ven los distintos grupos pastando, sin que ocurra pasarse de un rebaño a otro a ninguno de los individuos que lo forman.

Cuando los llevan a la parte alta de la sabana, llegadas las lluvias, son puestos en marcha todos los *hatajos* de un hato: quince, veinte, treinta, cien, marchan en un solo ejército, a su antojo; en las noches, en los corrales del tránsito, son encerrados por el peón que los lleva: no se mezclan unos con otros; dentro del corral se advierten los distintos grupos compactos.

Cuando empiezan en la mañana a pasar las trancas para abrir la puerta, se ponen los *padrotes* a la parada.

Avanza el *hatajo* y aquél se queda en la puerta: hasta que no sale la última bestia, el padrote no se incorpora en la marcha.

El caballo padre no se ayunta con su hija. La *potranquilla* nace; la yegua la cría con un cariño maternal más extremoso que ninguna otra madre. El caballo suele acariciarla, y la *potranquilla* travesuela juega con su padre, se le mete por debajo, le

muerde, le tira coces, y él la tolera con complacencia.

Al cabo de tiempo es destetada, crece, se hace yegua, y está muy bien en el hatajo... hasta el día en que le viene el celo, que entonces el caballo procura echarla del hatajo: la ataca como a un enemigo. Acósala a coces y dentelladas: la potranca, acostumbrada a su *hatajo*, hace resistencia por no querer salir. El padrote la encamina, espantándola a dentelladas, a coces, grandes distancias; pero una vez que aquél ha vuelto al rebaño, la *potranca* vuelve. Muchas veces es muerta en las repulsas.

De ahí que el llanero se apresure a formar nuevos *hatajos* sacando potrancas de los *hatajos* viejos antes de la época del celo, que es generalmente en mayo.

Con los *potros* hace lo mismo el padrote en lo que a éstos empieza a despertárseles el rijo.

La operación de formar nuevos hatajos se efectúa en amplias corraladas. En ese trabajo se sacan *potros* y potrancas *en edad*; y se les corta la cerda de la crin y la cola a todos los individuos del hatajo: es

ésta una especie de cosecha y anualmente rinde a los llaneros no pocos provechos.

Lllaman este trabajo *desmostrencar* (desmadrar).

El llanero en la organización de *hatajos* lleva cuenta de ellos, por los nombres. En el hato de la Calzada, propiedad de Manuel Pulido, en Apure, solía referir el general Páez que había sesenta y dos *hatajos*, a los cuales atendía él en calidad de peón bestiero, y al efecto recordaba los nombres de todos los *padrotes*.

Un *calendario* curiosísimo y al mismo tiempo hermoso y arrogante.

Caballos padres del hato La Calzada, en 1810:

Castaños. — Sonajita, Pallarón, Mantuano, Lancero, Banderita.

Rucios-moros. — Nube, Paraima, Guapetón, Corozo.

Zebrunos. — Esmeralda, Cacique, Pluma de Garza.

Negros. — Cambao, Bayoneta, El Cura, Indio-libre, Campechano, Carey, Noche-obscura, Caoba, Espigao, Elefante, San Benedicto, Negro-viejo, Pelúo, Lucero, Torito, Bellaco, Fiesta, Gritón.

Blancos. — Perro de agua, Espuma, Blanco pobre, Coracero, Penacho, Chumito, Melgarejo, Palomo.

Ruanos. — Púa de Juásdua, Negro-libre, Arichuna, Caney.

Zainos. — Cacique, Centella, Malezo, Sultán, Perico, Ululay, Quesero, Pato-real, Yaguazo, Barquero.

Un calendario sumamente curioso y variado, faltando, naturalmente, unos cuantos cuya transcripción aquí pudiera cansar la paciencia del lector.

Cierta vez estaba quien esto escribe pasando una temporada con un pariente en el hato de San Diego.

A la sazón estaban varios peones llaneros domando potros recién sacados de los hatajos, los cuales estaban ya acondicionados en *madrina*.

Una ocasión tocóle presenciar la sacada y ensillada de un potro cerrero que había quedado en uno de los hatajos por un olvido involuntario de los peones *bestieros*.

Era en las primeras horas de la mañana. El hatajo entró ruidosamente en el corral.

Los *bestieros* echaron pie a tierra y dejaron sus cabalgaduras afuera. Luego se

introdujeron en el corral, después de haber atrancado la puerta, armados de sendos lazos de soga: uno de ellos arrojó su lazo sobre la mancha de bestias y aprisionó el potro.

Cuando éste sintió aquella cuerda en torno de su cuello comenzó a dar saltos terribles, encabritándose, rugiendo, bufando.

Los peones agarraron la soga por la punta y la pasaron por el brazo del *botalón* (2), y comenzaron a jalar el potro hacia aquel sitio.

A medida que jalaban y que el potro se resistía, el lazo se ajustaba terriblemente a su cuello, estrangulándolo casi.

El potro llegó al pie del botalón con la lengua afuera, en la agonía del ahorcado casi. De repente se desplomó como herido por un rayo. Uno de los bestieros se precipitó a aflojárselo, y el otro a pasarle la cola por dentro de las piernas, a fin de sostenerlo por aquélla y no dejarlo parar. El bicho resolló grueso, y entonces el peón

(2) Poste de madera muy grueso y resistente, que está colocado en medio de los corrales para el trabajo de los ganados. —
(Nota de la presente edición.)

tomó de los tientos de su silla las *sueeltas*, el *tapaojos* y un grueso mecate de cerda. En un instante le puso el tapaojos, lo vendó bien, y se dió a la tarea de ponerle las *sueeltas* (3), el mecate y el bozal.

Cuando el potro sintió la tiniebla en sus ojos estremeciósse, y un rugido resoplante hizo vibrar todo su cuerpo.

Lo obligaron a pararse, golpeándose con las patas por la molestia de las ataduras.

Una vez que estuvo en pie, empujándolo uno por el pecho, halándolo el otro peón por la cola, le sacaron del corral casi a rastras.

Cuando lo echaron fuera le pusieron una silla fuertemente cinchada y grupada, le aderezaron dos riendas con el recio cabestro pasado por el bozal, y después de quitarle las *sueeltas* uno de los peones se le trepó encima.

Empuñó el peón las riendas con la diestra y el látigo con la siniestra, y así que afirmó bien el dedo grande en cada estribo, se inclinó hacia adelante, y corriéndole

(3) *Sueeltas*: Es una especie de manea de piel cruda, con cuatro anillos, que ata las cuatro patas a la bestia y le impide dar coces. — (Nota del autor.)

la mano por sobre las orejas, le subió el *tapaojos*.

El potro se estremeció de asombro, miró a todos lados, se encunó; una extraña emoción experimentó por aquel peso y aquellas ataduras, que jamás había sentido sobre su cuerpo.

Los talones del llanero le golpearon bruscamente los ijares; dió un salto terrible hacia adelante, y arrancó en desaforados corcovos, avanzando, avanzando, a estampidos, a saltos bruscos; tan pronto arremetía disparado, como se detenía en un sitio lanzando coces, bufando, rugiendo.

El llanero, jinete en aquella fiera, desapareció en la lejanía de la sabana como un punto negro, se perdió en la línea azul del horizonte.

Mas a poco volvió a aparecer; regresaba, acercándose, acercándose; al cabo se le distinguió perfectamente; ya el potro no lanzaba corcovos: venía marchando agitadamente, todo trémulo, bañado en sudor, barreteado el costado y las poderosas ancas por las huellas del látigo, infladas las narices, llenos de espuma los arneses.

Era un vencido; el peón pampero le había impuesto su arrogancia. Coraje sobre coraje; soberbia sobre soberbia.

El peón le rodó de nuevo el tapaojos, echó pie a tierra, atólo a las bardas del corral y le volvió a subir el tapaojos.

Luego, junto con el otro peón, púsose a abrir la puerta.

Espantaron el hatajo para que saliese, y aquél tomó la llanura en resonante trotar.

El rebaño avanzaba como una movible mancha que se va empequeñeciendo gradualmente, dejando a su paso una cauda blanquecina: la polvareda del desierto.

Tras de las bardas suspendió el potro la empenachada cabeza, empinó las finas orejas, abrió desmesuradamente los grandes ojos, como si ellos se le quisiesen salir de las órbitas y seguir al rebaño que se alejaba. El alma se le iba con los ojos tras de aquella mancha oscura que avanzaba empequeñeciéndose.

Se estremeció de angustia; un relincho, que más pareció un gemido muy hondo, se escapó de su pecho.

Después se quedó inmóvil: bajó las ore-

jas y dos gruesas lágrimas le rodaron hasta introducirse en las narices.

A menudo se lee en toda suerte de publicaciones, ya en libros de entretenimiento, ya en estudios científicos, o en historias guerreras, «potros cerriles sofrenados», «potros salvajes con los ijares ensangrentados».

Y todo esto es absolutamente falso e inexacto: a un potro cerril no se le puede poner freno, ni la primera ni la segunda vez que se le pone la silla. No se le mete el freno en mucho tiempo, hasta que no está bien domado y se ha alcanzado una docilidad completa de su cabeza. Entonces es cuando se le mete el freno, y esto un freno muy suave, de delgado bocado y pernezuelas livianas, sin pretender tirarle de las bridas del freno hasta que no se ha habituado a cargar aquel peso dentro de la boca.

Entretanto el peón domador necesita gran potencia para contener sus ímpetus, halándolo por el bozal, que por esta razón tiene que ser muy resistente y duro.

Con la espuela acontece lo propio: a un potro cerril no se le puede aplicar la espuela, en virtud de que el jinete, para poder resistirle los corcovos, tiene que afirmar reciamente los talonés contra sus costados, y teniéndolos armados de acicates, concluiría por introducirse los en el vientre al animal, lo que bastaría para inutilizarlo.

El general Páez estaba leyendo cierta vez un periódico de las Antillas, donde se decía en un escrito de cosas campestres:

“El domador sofrenó el potro”.

El general Páez sonrió, y moviendo la cabeza para ambos lados, con aquella su bondadosa simplicidad exclamó:

—Este en su vida ha visto jinetear un potro cerrero.

La casta caballar es mucho más noble que la vacuna. Es cosa probada.

En los pasos de esos ríos navegables, como el Orinoco, el Apure, el Arauca, el Portuguesa o el Morador, que tienen los rebaños que nadar grandes trechos, los

peones, cuando es ganado vacuno con cría el que se va a pasar, procuran ir muy aparejados con él.

Y es previendo el caso de salvar los becerros que se extravían del grupo; la vaca, una vez que se lanza al agua, se preocupa en nadar vigorosamente hacia la orilla opuesta, importándosele muy poco que el hijo corra la suerte mala o buena.

La yegua, no: la yegua, cuando presiente peligro o agitación, no desampara un instante su crío.

Al caer al agua se lo coloca en el costado, poniéndose ella en la parte baja de la corriente, a fin de que el potranquillo vaya nadando apoyado en la fuerza que ella le presta.

El sistema del llanero para pasar sus rebaños a través de los grandes ríos es simple y sencillo: monta un peón en un caballo en pelo y se pone delante, arrojándose el primero al agua; el rebaño le sigue instintivamente a todo nadar. A este peón se le llama *el cabestrero*.

Del lado abajo del rebaño, auxiliándole en su avance, van dos peones más, en sendas canoas.

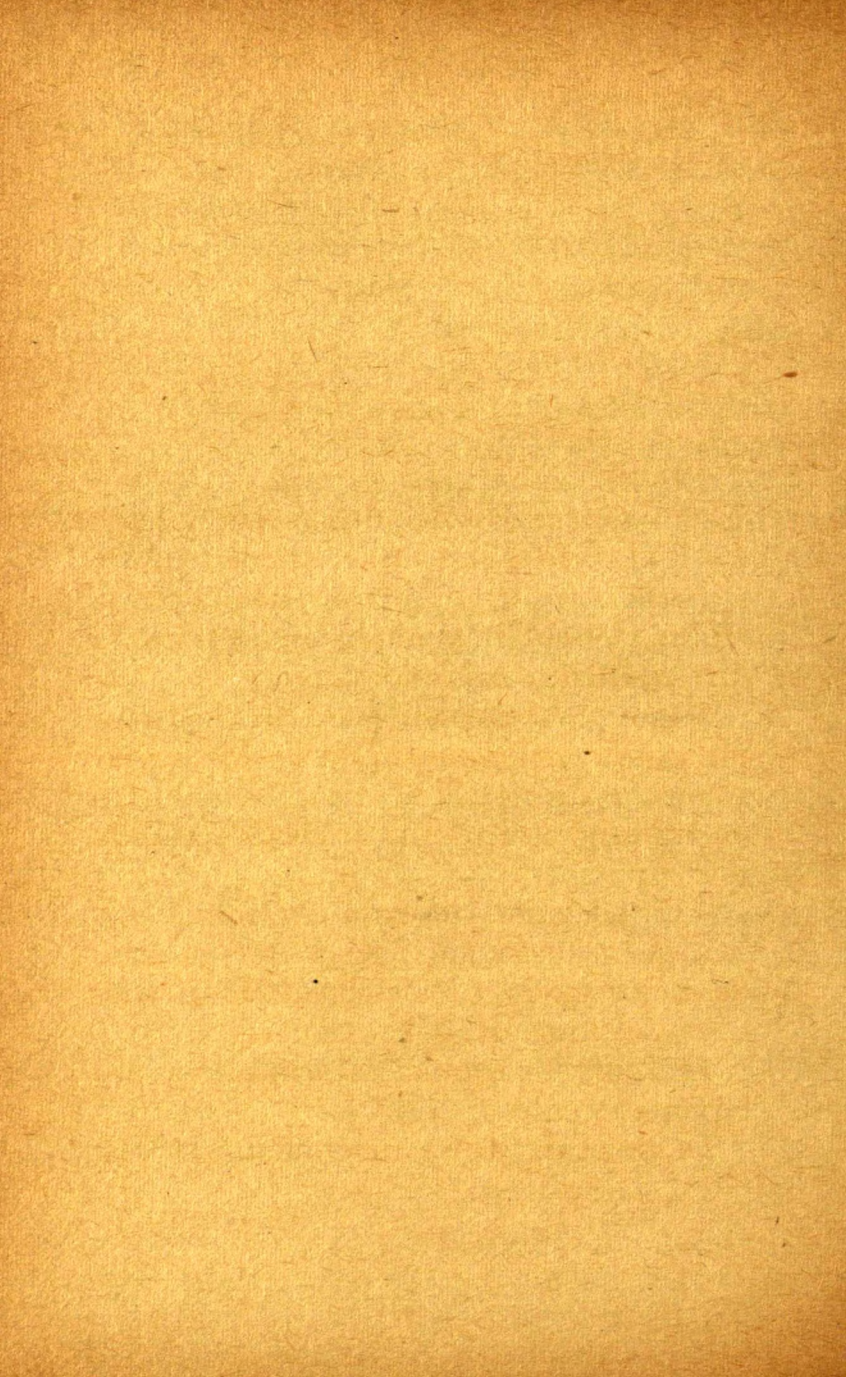
Caso curioso del caballo es también del modo cómo recibe las tormentas.

Estas en las pampas llaneras son en gran manera espantables, y el estridor del trueno parece que es más ríco que en otras latitudes.

Esto probablemente se debe a que la evaporación de la tierra en las grandes extensiones planas es más densa, y, de consiguiente, más ocasionada a enrarecer el aire y a producir perturbaciones atmosféricas intensas.

Cuando reina alguna de esas grandes tempestades, los rebaños instintivamente, lejos de agruparse, se disgregan, y cuando comienzan los truenos y los relámpagos, bajan el hocico hasta pegarlo con el suelo, tapándose completamente las narices.

¿Cómo sabe el caballo que el flúido eléctrico penetra mortalmente por las vías respiratorias?



VII

El Santo Cristo de las Misiones. — La trampa. — Las marcas de esclavos.

EN el Guárico corre una versión desde el siglo pasado que, si bien puede tomarse por una leyenda producida por la fantasía popular, también es asequible a una realidad consoladora.

Según parece, cuando se hizo el primer intento de colonización en la Misión de Abajo, apareciósele al Padre Gualberto de Echeandía el propio Jesús Crucificado y le dijo:

—En adelante, procura encaminar tus pláticas y amonestaciones a que se trate de mejor modo a los esclavos. Estos también son hijos de la Providencia.

El Padre Echeandía se arrodilló y oró fervorosamente.

Desde el día siguiente comenzó su plá-

tica encargando que tratarasen bondadosa, piadosamente a los esclavos.

Predicó mucho tiempo en este sentido el religioso, y al cabo consiguió muchísimo: en los hatos eran exclusivamente los peones libres o manumisos los que jineaban, pasaban ríos a nado, hacían los fatigantes trabajos del corte de madera para las casas.

Y he aquí que desde aquel cambio en las costumbres de los amos, tornó a desaparecer también cierta infernal invención que hacía muchos estragos.

Consistía ésta en falsear los tirantes de los chinchorros para que éstos, al moverse la persona que dormía en ellos, se desatasen y el cuerpo diese contra el suelo.

Pero no es esto lo terrible: muchas veces se enterraba hasta la mitad una afilada lanza con la punta para arriba, y el cuerpo del durmiente era traspasado.

Nunca se pudo saber quién fué el autor de los muchos casos en que hubo víctimas; pero es lo cierto que con la influencia de los consejos y el ascendiente del Padre Echeandía desapareció la funesta costumbre.

De suerte que apurando un poco la lógica y la no muy velada malicia que se desprende de la leyenda, eran los esclavos, que, enojados por los malos tratos de sus amos, causaban la muerte a aquéllos haciéndolos caer sobre una lanza de punta enterrada en el suelo.

De todos modos, partiendo las diferencias, aparecía el Cristo de la Misión haciendo el milagro.

Puso fin a aquel paso forzado de los amos desde el sueño de la vida al sueño de la muerte. Desde entonces se le venera en nuestra santa catedral.

La imagen fué esculpida en madera de *palo santo* por el ebanista Juan Encinosa, de acuerdo con las instrucciones dadas por el Padre Echeandía, dándole la forma de cuerpo y de cara que el Padre *había visto con sus ojos*.

En esto de los esclavos, por otra parte, es también el llanero sumamente original y ostentoso.

El esclavo del llanero lleva inevitablemente la cadenita de plata al cuello con una medalla de oro. Esta medalla lleva

grabada por una cara la imagen del Santo Cristo de la Misión, y por la otra las iniciales del amo.

Hubo un tal Miguel López, español de Antequera, pero criado y crecido en los llanos de Portuguesa, gran jinete y buen tercio soguero, que se excedió en esto de las marcas de los esclavos; el Cabildo tuvo que llamarle la atención sobre el particular.

Además de la cadena al cuello y la medallita cifrada, les pegaba su hierro en la mejilla derecha. No era precisamente un hierro de herrar ganado, pero sí algo que daba el mismo efecto.

Consistía esta marca en un arandel de cobre que, después de aplicarlo al fuego, se lo imprimía en la piel al esclavo.

De ahí que cuando Miguel comenzase a comprar tierras circunvecinas y rebaños, y a hacer negocios, ya boyante en el suyo, dijeron sus vecinos, menos prósperos:

—De aquí vamos a salir muchos pobres trabajadores con el hierro miguelero *pegao* en el cachete.

Este hierro del agio, si no pudo evitarlo el Cabildo, Miguel en quince o veinte

años adquirió más de cien leguas castellanas de tierra.

Ni el Cristo, con ser tan milagroso, pudo evitar que el ogro enguliese tierras, baños, caneyes y cuanto alcanzaba a abarcar con su vista que excitase su codicia.

—Dentro de cinco años más —decía—, todo el Guárico es mío.

Era su aspiración; pero el refrán llanero dice también con no poca filosofía:

—Una cosa piensa el macho, y otra el que lo va a ensillar.

Andando los tiempos, y mucho antes que Miguel lograse satisfacer sus propósitos, se le presentó un problema algo más que algebraico, puesto que andaban en él los números y otras cosas de grande interés.

Dueño de todo, quería también que todas las buenas mozas de la comarca fuesen de un su hijo bastardo, y, para mayor calamidad, mestizo, que tenía.

Era este hijo su idolatría, el espejo de sus ojos. Él no sabía negarle nada, y he aquí que el renuevo le dió por el lado del *Burlador de Sevilla*, tal como lo pintó el Padre Gabriel Téllez en los tiempos nobles de la farsa castellana.

El buen negociante y mejor padre, por el filial amor, se hizo zurcidor de voluntades.

VIII

Sublevación de los peones del hato de Banco Largo. — Muerte del coronel español Gonzalo de Orozco. — Fuga de Miguel López, a media noche, en el asalto de La Huerfanita.

DE los hatos grandes del territorio de Barinas, lindante con el Guárico, era uno el de *Banco Largo*, situado sobre la ribera occidental del Río Portuguesa y a veintitrés leguas de las Misiones; para 1806 perteneció a su fundador, Gualberto Rodríguez Montenegro, que a la vez era socio en negociaciones de Miguel López. Ambos habían establecido una gran casa comercial que negociaba simultáneamente en *La Unión*, villorrio frente a *Banco Largo*, del otro lado del río; y en Guardatinajas, en combinación con la Compañía Guipuzcoana, establecida en Calabozo. Todo esto venía de cuarenta años atrás,

y se prolongó hasta que dejó de ser la famosa Compañía.

Es lo cierto que para 1809 ó 1810 vino el general Páez desde la Calzada con un rebaño de ganado con idea de llevarlo al Guárico por el paso de La Portuguesa. Así fué en realidad; el día 4 de febrero efectuó su trabajo, ayudado por los esclavos y el peonaje de Banco Largo.

Como quisiese adelantar camino, aprovechando la fresca avanzó por el camino de Uberito, alcanzando a rendir jornada esa noche en el lugar llamado La Huerfanita.

Ahí encerró su ganado y tomó ramadas (1).

En aquel sitio de La Huerfanita había varias casas pertenecientes al hato, y en ellas habitaba toda la gleba y gran parte del peonaje libre.

Sea que estuviesen oprimidos por el coronel Gonzalo de Orozco, que era el encargado general de Rodríguez, sea porque

(1) *Tomó ramadas*, dicese en los Llanos cuando los peones de un rebaño en viaje se alojan en una posada del camino. Cada uno toma su chinchorro y lo cuelga en unos corredores que se llaman *ramadas*. — (Nota del autor.)

éste apoyaba en todo las trapacerías y atentados contra los intereses y contra el honor de los colindantes, cometidos a diario por Miguel López, es lo cierto que aquella noche estalló el alzamiento. El futuro general, Páez, que, aun siendo ya caporal en el Hato de La Calzada, estaba muy a disgusto con sus superiores, hizo causa con los sediciosos, y a la hora que se formó el alboroto fué él el primero en levantarse, tomar la lanza y dirigirse al lugar donde la negrada daba gritos y hacía gestos de rebelión.

La primera víctima fué Orozco. Trató de dominar a los alborotadores amedrentándolos con amenazas, pero sólo consiguió acrecentar más la agitación.

Un indio llamado Juan Caparo fuéle encima a Orozco. Este le disparó un pistoletazo, mas no dió en blanco y fué atravesado de una estocada con una *pica de juasduas* (2).

Miguel López, que se encontraba durmiendo en la casa del Real en *La Huer-*

(2) Planta parecida al bambú, pero mucho más fuerte. —
(Nota de la presente edición.)

fanita, se levantó con ideas de ir a reprimir con su autoridad a los revoltosos, mas tuvo que variar de propósito. Salía él de la casa con ánimos de emprender el camino, cuando dos de los manumisos vinieron a decirle que *el catire Páez* se dirigía hacia el Real seguido de un pelotón de los suyos y otros tantos de los esclavos del Hato.

López comprendió lo grave de todo aquello, y no obstante su ancianidad, y, por consiguiente, lo poco de fortaleza que podía esperar de sus piernas, echó a correr hacia el pesebre donde tenía su caballo.

Volóle la pierna, en pelo, y el esclavo hizo otro tanto, y ambos tomaron las vías de Calabozo.

Desde aquella *alta ocasión* no volvieron más a imperar en aquellas tierras los españoles.

Orozco hacia la tumba, López hacia Calabozo en fuga, es lo cierto que cuatro o cinco años después, cuando se organizó el poder jurisdiccional en Venezuela, era la República la que efectuaba aquella organización.

El general Páez para entonces (1809) era un joven aguerrido, animoso, fuerte y con grandes ambiciones, no ya de lo que fué después, sino simplemente de ser *algo*.

“La primera lanza del mundo”, “héroe de *Mata de la Miel*, *Potreritos guerereños*”, eso no pasó jamás por su memoria.

Vinieron tales glorias después, y las trajo el azar sin que él las pidiera ni las deseara; limitóse a ser un tercio pampero como cualquier otro de los que ofrendaron su sangre por la patria, y nada más.

¿Que la guerra magna trajo consigo los laureles?

¡Eso es otra cosa!

Siempre la idea predominante en él fué el honor. De peón de La Calzada, de sublevado en *La Huerfanita*, de héroe en la Independencia... el honor, y nada más que el honor.

Esta persistente virtud en el espíritu humano tiene esa característica. La saca el hombre del vientre maternal.

No se hace, no se construye, no se estimula; es un atributo de la Naturaleza.

El general Páez en la mañana siguiente organizó trescientos cincuenta hombres.

Todos en buenos caballos. La mayor parte *hombres de llano*; sólo habían unos diez o doce que eran de los que el llanero llama *vegueros*.

Pero de los cuales podía obtenerse amplia fuerza, acostumbrados a sentir de cerca el jadeo de los centauros.

Esto de los *vegueros* tiene también su fisonomía peculiar en el llano.

Los *vegueros* es cierta clase de hombres esquivos que nace, crece y se desarrolla en la pampa al mismo tiempo y en la misma forma que el *tercio* pampero.

Un llanero auténtico, un llanero de caballo y soga, forma su familia, su *rancho*, cobijado con yerbas forrajeras, al lado de un palmar y un caño poblado de garzas, de chigüires y de patos reales. Tiene varios hijos en su hembra. Los más siguen al padre en las faenas y en la pelea de la pampa.

Mas generalmente hay uno de ánimo apocado que gusta de quedarse en la casa con la madre y las hermanas; aquél es el *veguero*.

Aquél es el que labra la tierra, aquél es el que forma la huerta en torno del *bohío*

o *caney*, aquél es el que hace la plantación de maíz, de caña de azúcar, de legumbres.

Aquél es el que cultiva la vega.

No sabe nadar, no sabe *chucear* puercos salvajes, no sabe resistirle los corcovos a un potro cerril, no sabe ordeñar cien vacas en una madrugada, ni se puede incorporar a un escuadrón de lanceros.

Mientras sus hermanos acometen hazañas asombrosas en las guerras y en las vaquerías, él cultiva los hermosos plátanos que dan su fruto de oro y de miel, y el maíz, que es una zaraza ruidosa desgranada de oro que se agita en medio del palmar.

Páez llevaba en su hueste un buen número de *vegueros*, y no se quejó de ellos.

Asaltó a Calabozo cinco días después con seiscientos hombres de armas bien a caballo, y fué rechazado. Tuvo que tomar las vías de Apure con unos doscientos que le quedaban de los suyos; pero ya llevaba una seguridad: ya sabía que él podía guiar un pelotón de hombres bien o mal armados, bien o mal a caballo y conducirlos, si no a la victoria, al menos a la proximidad

de poner al enemigo en zozobra y en desorden.

No volvió al hato de la *Calzada* (3). De aquella memorable ocasión, pasó al Apure de nuevo.

Es lo cierto que tanto los negociantes de Calabozo, del Rastro, del Altar y del Calvario, se pusieron de acuerdo, para con el Cabildo de Caracas organizar una expedición que pudiese dar caza al peligroso asesino de Orozco.

Su cabeza fué postulada en ciento cincuenta pesos.

Había un fondo de dos mil pesos en Calabozo, para el que revelara el lugar donde se encontraba el forajido.

El catire Páez constituía una amenaza seria para los intereses y propiedades formados por la Compañía.

Alguien lo delató en Ortiz cuando estaba en Achaguas (o lo que es lo mismo, en Apure).

El delatar no pudo demostrar que había estado en la región y fué ahorcado en

(3) Dicho por él mismo a Juan González Carabaño. (*Nota del autor.*)

los árboles de la entrada de la hermosa población aludida.

Al año siguiente, después de nueve largos meses de ocultación en los palmares llaneros, apareció de nuevo Páez en las costas del Portuguesa, con un escuadrón de rebeldes que llegaba a dos mil lanceros.

Arrolló impetuosamente el Real del Sambranero y rindió la guarnición de Franco Elías más allá de la Angostura, e invadió el territorio de Apure.

Ocho días después amenazaba a Camaguán.

Estos movimientos del llanero pusieron en espanto a las Misiones de Calabozo.

La alarma corrió sesenta leguas más allá y puso en el mismo miedo a las de la Pascua, Chaguaramas y Quiripital.

En todas estas regiones no se oía otro nombre que el del *catire* Páez.

Y de ese modo se formó la revolución contra el poder español en las llanuras.

Después vinieron ejércitos realistas a combatir contra los patriotas, mas ya la mayor parte de los llaneros: indios, mestizos, libres, esclavos, todos estaban bajo las banderas de la libertad.

Los que dicen que el ejército formado en Arichuna por los españoles era compuesto por naturales, no han vivido en el llano, ni conocen el llano, ni a su gente.

Quien esto escribe ha conocido a muchos de los que formaron en aquellas filas y ha recogido de sus propios labios cuantos detalles se necesitan para determinar quiénes fueron los legionarios de la Monarquía.

Quien esto escribe pasó largas horas en *Los Yaguazos* platicando amistosamente con el viejecito José de los Santos Morles.

Él sabía como nadie todo el movimiento revolucionario.

Cuñado de Ismael Silva, primo hermano de Rafael Torres, compañero de Zambó Mina en las vaquerías del Hato de Pavones, compartió con ellos la gloria de más de una batida salvaje de la pampa, cabalgando en potros de pretal poderoso.

IX

1812: Las partidas rebeldes. —Escaramuza en las Mangas Coberas. — Alzamiento del indio Juan Caparo en Apurito. — Movimiento revolucionario en Barbacoas y Guardatinajas. — Fusilamientos en Periquera. — El mulato *Santiago Lima*. — *La trocha de San Camilo*.

DESDE el movimiento en *La Huerfani-
ta*, ya fueron generales todos los movimientos de la misma índole en el llano.

El mulato José de los Santos Mina, en las Mangas Coberas, puso en lanzas más de 300 hombres.

Habiendo entrado en aquel pueblo la noche del 3 de agosto, apresó a cuantas autoridades encontró en el lugar y las fusiló.

Cuando pretendía dirigirse de ahí con su masa arrolladora de hombres y caballos hacia el territorio del Guárico, salióle al encuentro Matías Paz con trescientos ji-

netes, y no solamente fué derrotado, sino que él, su hijo Juan de Dios y todas sus huestes cayeron en poder del enemigo.

El desgraciado Paz fué ahorcado cuatro días después en el sitio de *Corozo Pando*.

Efectuadas estas correrías en el Bajo Apure, Mina pasó al Guárico.

“La noche que tuvimos que echarnos al otro lado del Portuguesa —decía Sandalio Quero en una carta a don Ernesto Mier y Terán—, estaba tan negra, que no podíamos vernos los unos a los otros. La *maná* de caballos cayó al paso como un solo rebaño, y así pasamos al otro lado”.

Una semana después se unían los lanceros apureños de Páez y los araucanos del zambo Mina.

Aun no había alcanzado Páez la completa sumisión del Llano a las armas patriotas, cuando tres movimientos en el mismo sentido vinieron a poner en mayores aprietos al Cabildo.

El alzamiento del indio Juan Caparo en Apurito con doscientos jinetes de la gleba, el de Bonifacio García con ciento cincuenta en Barbacoas y el de Santos Var-

gas en Guardatinajas con los vaqueros de la región.

Todos estos grupos buscaron a Páez, quien (1) se hallaba a la sazón en Cañafístola, y en cuatro o cinco meses hicieron de un movimiento parcial o alzamiento de partidos dispersos, un núcleo rebelde de gran consideración.

Fué fusilada o pasada a cuchillo la guarnición de Periquera, y por la trocha llamada de San Camilo, que pasa de Barinas a los Andes, acudían diariamente a miles los revolucionarios de Nueva Granada.

Para entonces entró la estación de las lluvias, y las tropas patriotas tuvieron que marchar a los Altos.

Unas se fueron a Hato Viejo, cerca de Uberito; otras marcharon al Alto Apure; las más a Ortiz y Morrocayos.

El Cabildo quiso aprovechar este tiempo para organizar una expedición bastante fuerte que fuese capaz de cohonestar el movimiento patriota, mas no le fué dado este proyecto.

(1) Afirmado por él mismo. — (*Nota de la presente edición.*)

Al mismo empezar la estación del año siguiente se repitieron los movimientos insurrectos en todo el país.

Unos eran sofocados en sangre; otros atraídos con maña, por medio de dádivas y concesiones. Pero cuando se terminaba uno, salían tres por otros lugares.

Los movimientos del 19 de abril en Santiago de León en Caracas, impidieron al Cabildo toda nueva medida. Aquéllos sí que venían a echar por tierra toda la labor que con tanto trabajo se venía efectuando.

De suerte que los dos años que transcurrieron desde este movimiento hasta 1812, fueron aplastantes para los intereses de la Corona.

De todo este largo transcurso de pendencias y rebeliones puede deducirse que en las llanuras de Venezuela nació la libertad de toda la América.

Estoy en la creencia de que en los llanos de Venezuela nació la libertad de toda la América, porque sin tener el Cabildo de Caracas la atención de unos mo-

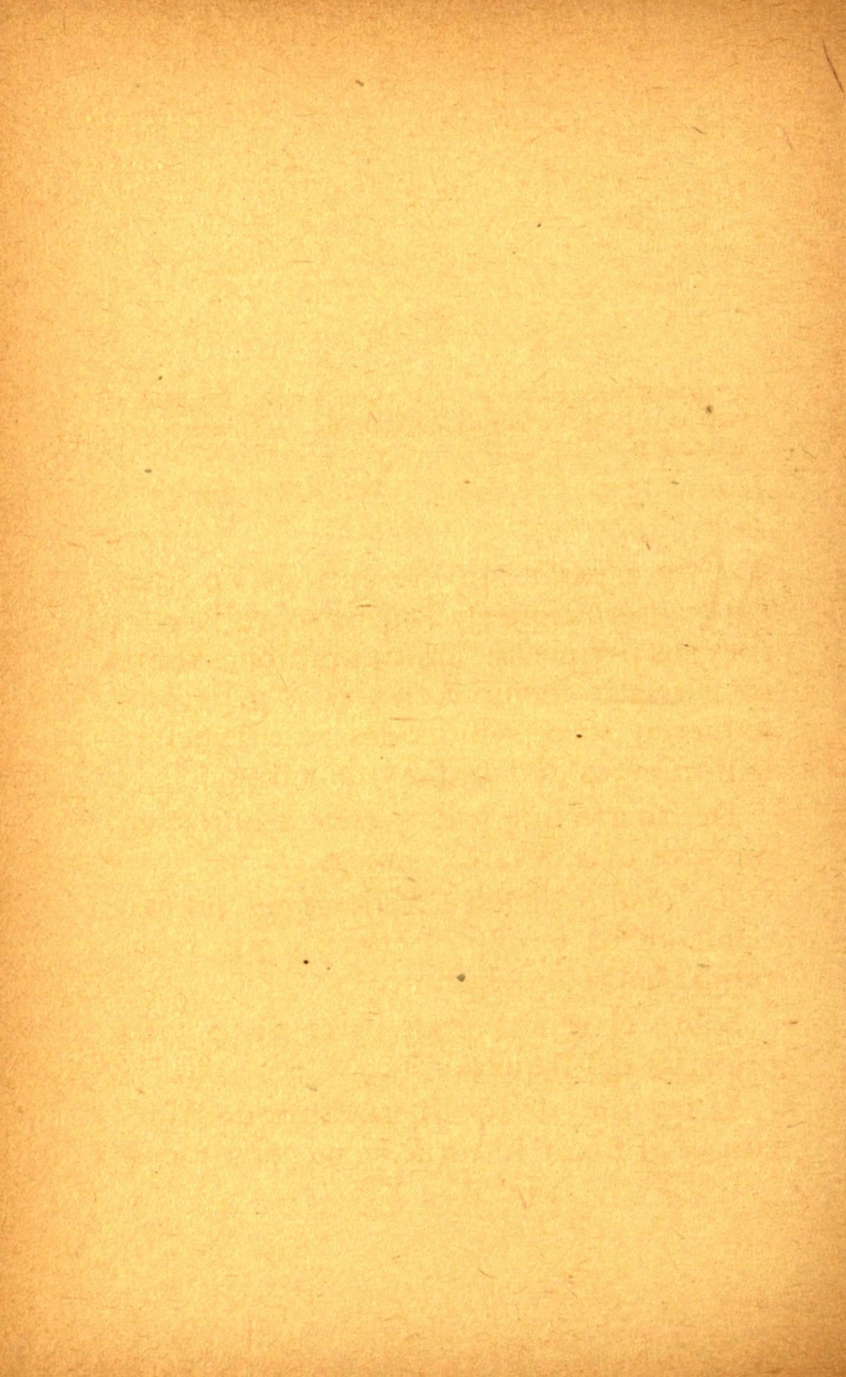
vimientos de rebeldía que le ponían en espanto, acaso hubiese podido oponer un fuerte núcleo de fuerzas a los revolucionarios capaz de aplastarlos por mucho tiempo.

Merced a esta atención continua pudieron formarse ejércitos patriotas en los Andes, en la Nueva Granada, en Carabobo.

Cuando las tropas realistas embestían contra los sediciosos de Arichuna, se agrupaban legiones en torno de Bolívar, y efectuaban movimientos avasalladores, como el de Urdaneta en Valencia, como el de Piar en Guayana, como el de Arizmendi en Oriente, como el de Sotillo en las sabanas de Uracoa.

Al cabo aconteció lo que había de acontecer: el cerebro de la independencia, que era el Libertador, reunió todos los elementos en actividad, le dió forma a la guerra y emprendió su victoriosa epopeya, sacándola del solar patrio y llevándola a tierras lejanas.

Consecuencia de estos parciales movimientos fué el todo de la emancipación.



X

Las reminiscencias guerreras. — D. Juan Ramón Torrealba y Páez: el odio. — La avaricia de Torrealba. — El matrimonio de Mina.

MUY a pesar mío he entrado en estas disertaciones y juicios sobre la guerra y sus peripecias: emitir opiniones sobre cosas relativamente recientes es peligroso: se hieren susceptibilidades, se atropellan sentimientos de familia y de amistad.

De suerte que tratar estos asuntos en nuestros días es tarea enojosa.

En medio de estas reflexiones necesariamente ha tenido el criterio que ir en zumba hacia aquel punto.

Sobre él reposa gran parte de la vida pretérita del llanero.

Él fué uno de los libertadores de América, y al hacer historia de su vida y cos-

tumbres el observador tiene que detenerse a contemplarlo como héroe, que es el aspecto principal de su índole.

Y ahí se presenta el caso doloroso, pero indispensable. Nuevos intereses, nuevas tendencias, nuevos principios han salido de ahí, de donde él dió el bote de lanza arrebatado por el vértigo de su potro marrereño.

Fué el llanero un libertador sin nombre, anónimo, completamente obscuro; luchó, venció, pasmó a propios y extraños con su arrogancia brava y fiera, como cosa esencial, aunque variando siempre porque era a la vez hombre libre, manumiso, indio y esclavo.

Páez, el símbolo de lo que él encarnó en la guerra, no era llanero.

Era un barinés rubio, acaso con más sangre española que Morillo.

Y sin embargo llevó sobre sí toda la carga de laureles.

Pero volvemos involuntariamente al recuerdo de las cosas que chocan *aún todavía*.

En el Hato de *Banco Largo* quedó al cabo D. Juan Ramón Torrealba, como

dueño, habiendo dado su oro, o mejor dicho, el oro que había sacado de Apurito.

Era un enemigo de Páez, como los tuvo muy pocos el vencedor en *Las Desgracias*.

Y el odio de él por Páez se basaba en un hecho de juventud que, por lo pintoresco y amable, no está de más traerlo a estos escritos.

Don Juan Ramón Torrealba, como su paisano y socio Miguel López, tenía también sus afectos paternales.

En D. Juan Ramón era una mesticita de dieciocho años, algo pálida, y con largos cabellos negros, a quien él consideraba como *la luz de sus ojos*.

El zambo Mina, que, zambo y todo, por sus arrestos de peonazo de la pampa y por lo arrogante de su porte, era un mozo para hacerle angustias a una santa, alborotó mucho los cascos a la mestiza.

El buen padre vió todo aquello hasta con complacencia: el sujeto valía la pena, y se hizo el de la vista gorda.

Pero un día notó que su hijita no quería dejarse ver. Lloraba a menudo. Mina

no portaba por todo el contorno: era que la mestiza estaba en cinta, y el galán le tenía miedo al *táita*.

Don Juan Ramón se apresuró a arreglar las cosas, y dispuso ir en busca de Mina.

Lo encontró, tuvieron un altercado; pero al fin venció la docilidad del zambo, y D. Ramón se dispuso a llevarlo a *Banco Largo* y casarlo con la hija en la parroquia del Paso de la Unión.

Su propósito se hubiera realizado, lo que para él ya era una victoria; pero en el camino lo encontró el general Páez, que iba para Uberito seguido de treinta jinetes de los suyos.

Páez vió a Mina, y ya no quiso desprenderse de Mina.

—¡Mina se va conmigo! ¡Me lo llevo!

—No puede, José Antonio — exclamó D. Juan Ramón, muy contrariado —: va a casarse.

—Nada, se casará el año que viene.

—Es que este caballo que llevo tá espiao, José Antonio — arguyó Mina.

—Pues si está *espiao*, toma el mío.

Y diciendo esto Páez, echó pie a tierra y ofreció un corpulento bayo cabos negros

que llevaba, al zambo Mina, y le intimó que le diese el suyo.

¡Bien sabía Páez que el *castaño-sangre-toro* que llevaba Mina era una bestia en toda forma!

Mina, por la timidez del llanero de no caer en el embuste, obedeció.

Páez se llevó a Mina, y D. Ramón continuó su marcha, jurando odio eterno al *catire* Páez.

—¡El *catire* Páez — decía —, el *catire* Páez me la paga! Por él se ha quedado mi hija con un muchacho pintao.

Por este estilo se cuentan muchas leyendas de ambos, tanto de D. Juan Ramón como de Páez.

XI

Las fiestas del Carmen en Calabozo. — La navaja de a "medihuevo".

DE D. Juan Ramón quedaron en los llanos tantas leyendas como de Páez.

Era Torrealba el tipo del llanero malicioso, duro, tacaño, fatalista y de una asombrosa terquedad.

Más por terco que por laborioso acumuló una riqueza en resplandecientes y sonantes onzas de oro, y en millares de reses y caballos.

Por cualquier lado que se atravesase *Banco Largo* eran manchas de ganado.

Treinta y dos leguas de terreno y cuatrocientos esclavos de ambos sexos.

Y ¿qué era la persona de D. Juan Ramón?

Igaminad un hombre setentón, con el

rostro enmarañado de ásperas barbas grises, obeso, mofletudo y fanfarrón.

Su traje constaba de dos piezas, o sea una camisola de guarandol crudo y unos calzoncillos blancos de jareta, tan amplios como faldellines.

Un sombrero de los llamados *de palma metida* a la cabeza, que siempre llevaba abrigada por un pañuelo abigarrado, y a los pies las inevitables cotizas de cuero de res no curtido.

Pasaba el día y la noche tendido cuan largo era en su *chinchorro* de *moriche*, mascando tabaco ambilado y escupiendo.

Era aquél el único dispendio que el vicio arrancaba a su extremada tacañería.

Las onzas de oro, tal como llegaban del Centro en cambio de los rebaños vendidos, así eran cautelosamente acomodadas en el botijo enterrado donde sólo él sabía.

Mas un día se le ocurrió el más raro capricho que pudiese ocurrir a quien, como él, venía a gastar la suma de *medihuevo* (1), después de largas y maduras reflexiones.

(1) Veinticinco céntimos. — (Nota de la presente edición.)

Consistió el capricho en desprenderse de una cincuentena de pesos, marchándose a Calabozo a gozar de las suntuosas fiestas de la Virgen del Carmen.

Todos los que supieron la inopinada resolución de D. Juan Ramón se quedaron como si hubiesen sido puestos súbitamente ante las Pirámides de Egipto.

Aquello era un milagro tan sorprendente como el del Mago de Alezón, que sacó resplandecientes pedrerías del vientre de una lagartija.

Mandó D. Juan Ramón por el macho de silla.

Era un sarcasmo que tal bestia fuese el caballo de batalla de quien, como su dueño, poseía a miles los más hermosos ejemplares de la raza.

Era aquél un macho viejo, al cual ya se le habían caído casi todas las muelas, razón por la cual tenía el esclavo que lo cuidaba que escogerle el pasto más tierno y ponerle el maíz en remojo antes de echárselo en el morral.

Una mañana, pues, tomó D. Ramón el camino de *la Huerfanita*, rumbo a la muy

ilustre ciudad de Calabozo, caballero en el pesado y canoso mulo pardo.

Llegó a Calabozo en momentos en que daban al vuelo las campanas todo el regocijo de las fiestas del Carmen.

En el atrio de la Santa Iglesia Matriz unos manumisos cargaban un cuñete que había servido de guardacantón, con pólvora y tacos, y era tal la carga que le metían, que cuando le acercaban el tizón a la ceba tenían que echar a correr, para no ser víctimas del salto que daba la pieza de artillería al lanzar el disparo.

Además de que hacía retemblar la tierra.

Llegaba D. Juan Ramón a la plaza en el momento en que hacían un disparo. El macho de D. Juan Ramón se dió tal espantada, que por poco lo planta en el médano de la calle.

Por primera vez en su vida daba el mulo una demostración de bríos.

Indudablemente era la época de las cosas fenomenales.

D. Juan Ramón se alojó en una de esas posadas que llaman *paraderos*.

Como llegó de mañana tomó desayuno,

mandó a picar yerba a la bestia y se botó a la calle.

Había mucha gente forastera, mucho traje, mucha risa, mucho color de sayas de seda, color local, campaneó y guitarras.

En las bocacalles se construían las empalizadas para los toros que eran coleados (2).

El bullicio, la fiesta, el cálido y lindo sol llanero elevándose majestuosamente, todo esto contribuyó a sacudir más y más los nervios del viejo ricacho.

Acertó a pasar por una barbería, y cata que, después de muchos años, ocurriósele *limpiar el frente*; tumbar, vamos, aquella *tumuza* que llevaba poco menos que apelmazada sobre el cráneo por el ceñimiento del pañuelo de colores chillones; pasar la navaja por aquella maleza que hacía aún más rudas las profundas arrugas de su curtida piel.

(2) Consiste esta fiesta en echar un toro a la calle. A toda carrera salen varios jinetes aparejados con él; el más listo o de más rapidez lo toma por la cola y de un tirón lo echa a tierra. Las mujeres en las ventanas adornan con lazos de cinta a los lidiadores. — (Nota de la presente edición.)

Determinó el sacrificio capilar y se introdujo en la tienda de Fígaro.

El oficial peluquero de turno salióle al paso.

—¿Se va a afeitar, buen hombre? (Por su traje lo tomó por un peón cualquiera, no sospechando que hablaba nada menos que con un millonario).

—Sí... no... —comenzó a tartamudear D. Juan Ramón—; quiero decí que depende...

—¿Cómo que depende? —interrogó el barbero, algo intrigado.

—Pues asina mesmo... que depende del precio que usté me le ponga a la afeitada; porque si se me viene muy puensimona, no le pueo quitá el choque a la res.

—¡Ah!, comprendo, buen hombre —asintió el de las navajas sonriendo —, le haremos algo económico. ¿Quiere usted con navaja de a media bamba?

—¡Demasiado jalao!

—¿De a medio?

—Güeno; no nos tiraremos al codillo.

El barbero sentó a D. Juan Ramón en un tonel de recoger la basura, puesto boca abajo. Le puso un trapo sucio por el

pecho, y echando mano a una tijera que por sus dimensiones y herrumbrosidad más parecía una tijereta de albéitar, le echó abajo la melena en un decir Jesús.

Luego con una espesa brocha le enjabonó la cara y echó mano a la navaja de a medihuevo.

Era este artefacto el peor de cuantos había en el establecimiento.

Una navaja descachada y roma, tomada de herrumbre y con el ánimo gastada.

Aquí entra el barbero a cimbrarse haciendo fuerza y el paciente berrear.

Los mechones de barba no eran cortados; eran arrancados a viva fuerza como con tenazas de herrero de malas pulgas.

La operación duró una hora larga; el cliente quedó afeitado; pero, ¡qué cara la suya! Asemejábase mucho a la faz de Jesús en la peña.

Don Juan Ramón sacó cinco centavos de la vejiga del tabaco y abonó.

En aquel momento, en una casa vecina, un macho cabrío lanzaba unos berridos lastimeros, unos berridos que partían el alma: parecía que le estuviesen practicando una operación muy dolorosa.

El barbero extrañado murmuró:

—¡Caramba! ¿Qué le estarán haciendo a ese pobre chivato?

Don Juan Ramón miró al Fígaro con marrullería, y añadió:

—¿No será que lo están afeitando con navaja de a medio?

XII

Mina y la hija de D. Juan Ramón. — Toros coleados. — Muerte de Mina. — Su hijo.

No era Mina un mestizo, mucho menos un negro. Era un moreno andaluz y nada más.

Le llamaban *El Negro Mina* cariñosamente.

Sus padres eran oriundos del pueblo de *Dos Hermanas*, en la provincia de Sevilla, y vinieron a las pampas en la servidumbre del conde de San Javier.

Dos años después de estar residenciados en Arichuna, nació Santos Mina, padre de *El Negro*, quien casó con una muchacha hija de españoles llamada Narcisa Zárate.

El bueno de Santos, que poseía unas cuantas *vacas* y algunas yeguas, quiso enviar a su hijo a una escuela en Calabozo,

pero siempre encontró una resistencia grande: las rudas faenas de la pampa atraían irresistiblemente al muchacho: desde la edad de diez años comenzó a torear becerros bravos y a domar borricos cerriles.

Cuando cumplió los diecisiete años desapareció del hogar paterno: tomó su emancipación a la fuerza, siguiendo el ímpetu de su ya espesa red de nervios.

Desde entonces se fué a la costa del Portuguesa.

Enganchóse como peón en el Hato de Fernando Barrera, en el Franquero, y ahí comenzó a hacerse fama como jinete y enlazador de primer orden.

Solía ir los domingos al paso de *Banco Largo* y pasar algunas horas de la tarde jugando bolas y *tomandito caña* con otros tercios más o menos como él.

Y de ahí nacieron sus amores con la mestiza de D. Juan Ramón.

Mocetón alto, moreno, bien a caballo, alabado por todos, no tardó mucho en adueñarse del corazón de la muchacha.

Los amores en un principio fueron *a hurtadillas*; mas un masumiso que veía

con notoria envidia, puso en autos a don Ramón de todo lo ocurrido.

Fué reducida a confesión la mestiza. Ella decía que no. En aquel punto se hubiera mantenido siglos, buena heredera como era de la terquedad de su padre. Mas el propio Mina se presentó a D. Ramón y declaró que era cierto lo dicho por el manumiso.

—Tás diquivocao, Negro — exclamó D. Juan Ramón —; el manumiso no me ha dicho ná.

—Es maldá que usté me lo niegue, don Juan; los sogazos que le voy a dá en las espaldas no se los quita dencima ni el santo Cristo de las Misiones.

Siguieron el curso del diálogo y concluyeron por entenderse. D. Juan Ramón no se negaba al casorio: lo que no quería él era que el *Negro le corriese caracoleao*.

Cuando la mestiza supo lo ocurrido, lejos de alegrarse se indignó mucho con el galán.

—Me has hecho quedá mal con mi taita después de habérselo negao tanto; ¡barajo contigo, cristiano!

Y enojándose más:

—Y mira, condenao Negro, ¡no cuentes más conmigo! ¿Te crees que a mí no me da vergüenza?

Y diciendo esto hizo ademán de alejarse. Pero notó una expresión de profunda tristeza en los ojos del Negro; aquellos ojos que le iluminaban el espíritu. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no arrepentirse de lo hecho.

Cuando anduvo unos veinte pasos tornó a mirar hacia dónde había quedado Mina.

Entonces se percató de que el mozo lloraba.

Al parecer, al menos, pues echándose hacia adelante se había cubierto el rostro con la espesa crin de su caballo.

El malicioso del llanero había echado mano a uno de esos recursos que en ciertos momentos tienen una eficacia abrumadora.

Mina no volvió a portar por la casa de D. Juan Ramón. La mestiza estaba en un estado de pesadumbre extremo.

El marrullero de *su taita* comprendía

que algo grave pasaba entre los dos palominos.

Mas no dijo palabra. Esperó a ver en qué paraba todo aquello.

Un día se atrevió a dirigirle una indirecta, viéndola en un estado lastimoso de decaimiento:

—Te he notao muy aburría en estos días, Salomé.

—Es que estoy sofocá e la sangre, taita.

Ante aquella respuesta aparentó don Juan Ramón quedar conforme.

Una tarde se presentó el manumiso de los chismes, convertido en un Jeremías y con la cabeza rota.

Dijo a D. Juan Ramón que el *Negro Mina* iba en zumba para el pueblo de Barbacoas, que al verlo le *remachó* las espuelas al caballo y se le tiró encima. derribándolo al suelo. Que el caballo le había dado con el casco en la cabeza y se la había *rompido*.

Don Ramón ofreció la venganza inmediata, por contentar al manumiso, pero ya podía contar aquél con que su afrenta quedaría insolvente.

La noticia, no obstante, del viaje de Mi-

na a los toros coleados de Barbacoas, produjo un efecto terrible en Salomé.

—¡Me lo van a quitar! — pensaba.

Era para desesperarse.

No se le escapaba a ella lo que significaba un viaje de Mina a una fiesta de aquellas.

En tales fiestas, todo el mujerío joven y gracioso sale a las ventanas de la calle adonde van a ser corridos los toros.

Los lidiadores a caballo, en poderosos potros, procuran derribar las reses en vertiginosa carrera frente a la ventana donde se agrupan las mujeres más hermosas.

Cada toro derribado es un lazo de cinta o un ramo de flores que lindas y frágiles manos prenden en el pecho o en el sombrero del jinete.

Todo esto pasaba por la imaginación de Salomé. ¡Y el Negro Mina, que era tan arrogante y andaba en un caballo *rucio parautato* de la cría barrereña que tenía fama por su ímpetu en las *vaquerías*!

Confesó todo, se sinceró con el taita, le confió sus temores; aquella carita oscura, llena de lágrimas, parecía una rosa lóbrega bañada de rocío.

Ella se sabía irresistible.

El taita accedió a todo.

Envió a la sabana a uno de los peones:

—Isidro, ándate al hatajo de *Yaguazo*, y tráete el potro pintao que se llama *Cunaguaro* y la yegua vieja *Zaina*, pa que Salomé vaya con Ña Natividá a Barbacoas.

De ahí vinieron las calamidades que tanto enfurecieron a D. Juan Ramón: él mismo tuvo la culpa.

Aunque también es cierto que el añejo refrán dice que

No hay perdición en el mundo
que por mujeres no venga.

Meses después se presentó Páez en busca de Mina; con la ayuda de éste logró incorporar todo el peonaje portuguesero y del Bajo Apure a sus caballerías.

Fué Mina de los más recios y duros lanceros de Mata de la Miel, las *Desgracias* y *Potreros Manereños*.

En *Las Queseras* cargó tres veces agrupado con seis peones del hato torrealbero.

Pasada la guerra de la Independencia, murió en su casa de Arichuna, cuando se hallaba reunido con sus padres después de dieciocho años de ausencia.

Murió a consecuencia de un tumor en el hígado, que se le formó de un golpe que sufrió en la pelea de Paso de Corozal en 1817.

¡La vida! ¡La epopeya! ¡La patria! Grandes en todos los aspectos de la existencia, estos hombres los ha inmortalizado la patria venezolana; mas, merecían junto con Paz el inmenso, la grandeza perennal del bronce.

XIII

Ciencia médica llanera. — Veterinaria. — Perfumes de la Pampa. — Las marinelas. — Yervas forrajeras.

No es menos curiosa la ciencia que el llanero pone en actividad para curar sus dolencias.

Alejado de los centros de las comodidades y los adelantos, el llanero a fuerza de inteligencia y perseverancia ha logrado hacerse de una ciencia suplementaria que lo pone en capacidad de combatir los múltiples enemigos de su salud.

La vegetación profusa y llena de savia y lozanía que lo rodea, ofrécele un seguro apoyo.

Esta empírica ciencia no es, por cierto, menos eficaz que la alta ciencia que da el estudio de los libros de texto y la práctica en las salas anatómicas.

La fiebre, que es uno de los mayores

azotes en aquellas regiones, es combatida fácilmente por medio de purgantes y astringentes vegetales, de los que existen silvestres en gran profusión.

Hay en las orillas de caños y ríos una planta llamada *tártago*, de cuyos frutos se extrae un lubricante de color amarillo topacio algo más licuado que el aceite común de oliva. Este aceite lo mezcla el llanero con leche de yegua o de burra y obtiene una medicina preciosa como efecto laxante.

La planta llamada *onoto* sirve para su medicina, produciéndole efecto sedante para los dolores de cabeza y administrándose las hojas pegadas en las sienes.

Esta planta da unos destuches roñosos, de color rojo-oscuro, cuyo interior está lleno de granos purpurinos. Pulverizados estos y frotados en la cabeza a los individuos de raza caballar, les combate el tabardillo.

La *escorzonera*, así como cierta yerba de raíces blancas y menudas llamada *malojillo*, préstales grandes servicios para los dolores reumáticos, los casos de agotamiento medular y de secreciones morbosas.

Con el zumo de la *cocuiza* (fique) y los cristales de la sávila, se proporcionan dos agentes medicinales que no le van en zaga a los antes citados.

Los cristales de la sávila diluída en la leche de vaca, puesta al fuego y bien cocida, es de propiedad maravillosamente rápida para el catarro pulmonar, y para toda suerte de afecciones en las vías respiratorias.

La *cocuiza* facilítale por medio de su fibra una multitud de cuerdas y tejidos; el zumo de esta planta es de efecto profiláctico y cicatrizante en toda suerte de heridas, erupciones cutáneas y luxaciones.

En muchos de los grandes establecimientos agrícolas y pecuarios del llano era muy cultivada esta planta.

Cuando apaleaban los esclavos era sometida su piel a la acción del zumo de *cocuiza*; éste le producía efecto adormecedor en los dolores y le restablecía rápidamente la circulación de la sangre.

Hay otra especie de esta planta llamada *cocuyo* en los estados del centro de la República, que es también preciosa: produce un aguardiente deliciosamente agradable al paladar, el cual posee, racional-

mente administrado, excelentes virtudes curativas.

A más de estos elementos medicinales que ofrece la vegetación de los llanos, hay otros no menos virtuosos y que prestan al hogar llanero no pocos servicios.

Ellos son el *berro*, planta acuática que, conservada en aguardiente, es vermífuga; la *yerbabuena*, como tónico; la espadilla, el yantén, el quemapezuña, la raíz de mato, la quina, una parásita de flores preciosas llamadas flor de Mayo, el sangre de drago, el indio-desnudo, la yerba santa, las palmeras mapora, moriche, abanico. La zarza-hueca, carrubia, pasote, longina, limoncillo, calcanapire, yerba mora, cariaquito, jobo, carrizo, caña brava, lubina y otras muchas que se escapan a la imaginación.

Sólo puedo asegurar que pasan de dos mil.

Taño Humboldt, como Bompland, clasificaron muchísimas en sus trabajos de botánica; pero puede decirse que el reino vegetal llanero aun permanece desconocido para la ciencia.

Después de los trabajos de estos emi-

nentes naturalistas, en 1800, se han llevado a cabo otros tantos, mas no los ha caracterizado el detenimiento que debe imprimirse a estudios de esta índole.

La flora llanera posee hasta dos mil ejemplares autóctonos, por decirlo así, de la tierra llana, que no constan en ningún tratado de Botánica.

En el cuido y conservación de las razas caballares y vacunas tiene el llanero también su veterinaria especial.

Todo instintivo, todo sacado a fuerza de perseverancia y laboriosidad de la práctica y de la experiencia.

La peste por antonomasia, temible en los llanos, puesto que en cuarenta y ocho horas acaba con rebaños enteros, es la *deslomadera*.

El llanero ya sabe que esta enfermedad es de una actividad inexorable, y que es sumamente difícil curar un animal atacado de ella.

El llanero en ese caso aísla inmediatamente aquel animal, se lleva el rebaño lejos, y el sitio donde comenzó la epidemia lo somete al fuego.

Con procedimientos mecánicos, arman-

do parapetos y cuerdas, restablece las bestias que se *despaletan* en el trabajo.

Despaletar, este es el término suyo, y consiste en que la bestia, ya por una caída, por una pisada en falso, o por un salto excesivo, se le disloca el omoplato. Átala los remos delanteros con una sogá, y lo iza a lo alto de un árbol; de este modo va el miembro dislocado a su sitio.

El recrecimiento de la piel en la mandíbula superior, que estorba a la bestia las funciones de la masticación, las sidera por medio de un hierro candente que frota con la parte afectada.

El muermo o catarro nasal, combáteselo aplicándole el humo de un trapo untado en grasa de riñón de res.

Hay también una enfermedad en el ganado caballar, llamada *mazamorrón*. Consiste ésta en una úlcera en forma de surco que rodea el casco del animal, hasta destruírselo: esta afección la hace desaparecer el llanero por medio del hierro candente.

La cocuiza antes citada también le presta no poco apoyo en las enfermedades del ganado caballar: aplícasela en toda suerte

de heridas, luxaciones, quebrantamiento de huesos.

De ex profeso he dejado para lo último hablar de las plantas olorosas del llano.

Su número es infinito, por lo cual me limitaré a citar las más preciosas.

Son éstas:

La albahaca.

El orégano; y

La marinela.

La albahaca es un sarmiento de hojas redondas y finas: conserva el aroma durante mucho tiempo después de arrancarla.

Es un perfume suave, noble, delicado, que ejerce una acción generosa y consoladora en los sentidos.

No falta esta planta en ningún hogar llanero. En la mesa, en el aposento donde duerme, en el altar de la Virgen o del Crucificado.

La albahaca es la planta santa de mi país.

En amores es un incitante al ensueño

y a la voluptuosidad; ante el altar, fervoriza la plegaria; en el hogar es una dulce y amorosa compañera.

El orégano es de una virtud aromática totalmente distinta: es del género bucólico.

En el condimento de ciertos platos, ya de cereales, ya de carnes, presta un sabor agradable y aroma apetitoso y cálido.

La hoja, bien seca y pulverizada, se le administra a la carne fresca cuando se le pone la sal; y después que los tasajos están bien escurridos de la sanguasa y secos, quedan olorosos a cosa sabrosa, apetitosa, fragante.

La marinela. Esta es sin disputa la planta más colorida y más linda del llano, y a esa suprema belleza agrega el inestimable don de estar siempre convertida en pomo de aromas.

No es planta doméstica; no se da en los patios, ni en otros lugares secos.

Ella crece lozana y florida sólo en las orillas de los ríos, caños y lagunas.

Como es tan bella, es esquiva y zahareña.

Poco más de dos brazas de alto. Sus ho-

jas son de un verde claro, dentadas en los filos y acorazonadas.

La parte leñosa es gris y bastante áspera. Carece de espinas.

Durante la época de las lluvias está sumergida, y la acción de las aguas, por tanto tiempo, sólo consigue hacerla oscurecer un poco las hojas.

A la bajada de las aguas torna a vestirse, y entonces parece que hace gala de su traje lujosísimo que le llega hasta el pie. Luego que está vestida, vienen las flores a adornárselo de púrpura y oro.

Consisten éstas en unas ánforas plegadas y rizadas hacia afuera, con seis pétalos cada una: en el centro lleva una especie de saeta de color anaranjado, cuya cabeza es un botón amarillo encendido.

Muy encarnados los pétalos; muy amarillo el adorno del seno.

El perfume de las hojas es casi tan suave y delicado como el de la flor.

El llanero la llama *marinela*.

XIV

Continuación del anterior. — Yervas forrajeras .

O CÉANO de yervas, como llaman la llanura venezolana la generalidad de los autores que la han estudiado, es éste su aspecto más típico.

Tiene regiones inmensas, cubiertas de palmares, o de espesos montes; pero debajo va la sábana de oro de la forrajera, que a la vez es república numerosísima de conejos, acures, dantas, lapas, armadillos, iguanas y otros muchos animales que con su carne regalan ampliamente la mesa del llanero.

También son las sinuosidades de ésta que como dorada melena cubre la tierra, un abrigo contra toda inclemencia para una multitud de gallináceas.

Estas constituyen una banda gigantes-

ca. Pasan de dos mil las especies, en las que culmina, por su belleza de ébano y de nieve, el paujil, ave tan hermosa como rica, por la blanda y jugosa carne que ofrece.

Luego la *guacharaca*, que es nuestro faisán, y a la cual no va en zaga aquél, por el oro encendido del plumaje y por la riqueza de su prole.

A estas dos especies agréganse otras muchas, cuya nomenclatura sería tarea más que larga dejar consignada.

En estos palmares circula también densa y alegre turba de pájaros cantores.

Entre éstos, principalmente el *turpial*. Es el *quetzal* llanero; y si su efecto es menos precioso que el ave sagrada de los mexicanos, en cambio le aventaja desatando esa tenue urdimbre de ilusión: el trino.

Amarillo y negro, el pico aguzado y duro, negro también, las garras corvas y recias, fino de alas y los ojos vivos y ágiles.

Es fiero y nervioso; pero aprisionado desde el nido, cuando empieza a emplumar, se cría doméstico en las casas y aprende cuantos sonidos, por finos que sean, se quiera enseñarle.

Mas volviendo a los herbazales llaneros:

las especies de yerbas son también miles. Pero las más apreciadas son:

El *gamelote*, que es la gramínea corriente del llano.

La *yerba del Pará*, oriunda del Asia Menor, e introducida por los conquistadores a mediados del siglo xvi. Esta yerba se ha propagado por sí sola y hoy es silvestre en los llanos.

La *granadilla*, que nace a la bajada de las aguas y dura lo que la humedad del suelo; al secarse éste desaparece abrumada por la vegetación sarmentosa.

La *cola de caballo*, de hojas finas y pedradas.

La *grama*, que además de excelente forraje, presta servicios a la medicina vernácula con sus raíces, que tienen virtud febrífuga.

El *guarataro* o *golondrina*, yerba rastreira que engorda los cerdos y los venados, produciéndoles una grasa fina y en extremo sustanciosa.

Además de éstas, que son las excelentes, hay otras acuáticas como la *penca*, el *junco*, las espadañas y varios carricillos.

XV

Los Morros de San Juan, centinelas del Llano. — La gran Ortiz.

*Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.*

RIOJA.

A unas treinta leguas de la ciudad capital de Venezuela, rumbo al Sur, después que se salva la vértebra principal de la sierra de Aragua, aparece bruscamente, viniendo del Este, el Río Guárico, que después de recoger doscientos y tantos riachuelos en las cañadas de aquella cordillera, arranca por una vía algo pendiente saltando, hirviendo, rumorosamente coronado de espumas, hasta que frente a los *Valles del Carmen, Seme y Pedregalito*, torna la tierra llana y entonces se desliza majestuoso, silenciosamente, reflejando en

el temblor de sus aguas regadas de brillantes el azul del cielo y la belleza toda esmeralda resplandeciente de las colinas que va regando con sus caudales.

Más adelante están los Morros de San Juan. Y entre el Carmen y los Morros, está el sitio célebre de LA PUERTA, donde el Libertador libró dos de las más reñidas batallas de la Independencia de América.

Son los Morros dos gigantescas columnas que se alcanzan a ver desde seis leguas de distancia.

Son en parte de roca viva, principalmente las bases, y hacia la masa central del cuerpo, de una mezcla de esquitas y lapislázuli común.

Carecen de perfil y tienen unas ciento cincuenta varas de elevación, el más alto, y algo menos el más bajo. Esta diferencia puede apreciarse observándolos con algún detenimiento: a la simple vista aparecen uniformes.

Hállanse surcados de desgarrones y cavernas profundos, teniendo escarpas salientes en los vértices. Ambos son inaccesibles a la planta humana; sólo las águilas reales, de las que hay una numerosa colo-

nia allí, suelen poner la agitación de la vida humana en aquellas cúspides.

De ahí en adelante comienza a transformarse la naturaleza de la tierra. Mesetas de poca extensión, algunas llanuras o *calce-tas*, como llama el llanero las pampas de poca extensión, advierte a la mirada del viajero que aquéllos son los últimos cerros, las últimas piedras, los últimos arenales.

Es la puerta de los llanos: los dos muros y eternos centinelas son los Morros de San Juan.

Se llaman así porque es el nombre de la aldehuela que está a poca distancia de la base del Morro superior.

Desde lejos se les ve azulados, semivelados por una gasa de neblina... por las tardes se velan más densamente... parece que sueñan.

Después de la aldea de San Juan, está otra llamada Flores, y más adelante el pueblo de Parapara.

Son éstas las últimas poblaciones aragüeñas; de ahí en adelante es la zona del Guárico.

La primera población llanera es Ortiz. Ya casi no le viene bien el calificativo de población.

En veinticinco o treinta años las epidemias de la fiebre y la úlcera han ido cavando inexorablemente su decadencia.

Aquel pueblo bullicioso, próspero, infatigable en toda suerte de labores, no es ni su sombra: sus calles llenas de escombros; el jaramago ha tomado por su cuenta los empedrados, y caballejos pinchosos y lacrados se ven por ahí ramoneando, raboteando tábanos y moscas, mordisqueando los fluecos de forrajera que salen por las ventanas de enmohecidos barrotes en casas en ruinas, que han sido abandonadas por sus dueños, que llenos de pavor han emigrado a otros lugares.

Una vez, después de quince años de ausencia, fuí a Ortiz. Iba con la ilusión; aquellas calles risueñas, aquellas amenas umbrías pobladas de *azulejos* (1) y *paraullas* (2) armoniosas, que yo había visto en los fugaces años de la infancia, y cuando me

(1) Pájaros azules.

(2) Pájaros pardos.

vi en él... sentí un no sé qué de profunda tristeza. A mis labios acudieron los versos inquietantes del poeta español a las ruinas de Itálica.

En su desvencijado cementerio había enterrados varios seres caros a mi alma.

Mi tristeza fué más honda al ver sus tumbas arropadas por los matorrales, circuídas de barandales herrumbrosos, resquebrajados.

Me alejé de aquel sagrado sitio con el corazón oprimido.

Aquella soledad era más triste aún que la soledad de la tumba del llanero, que al pedir se cave bajo el ala de una palmera, acaso presienta que a los rizados abanicos de esmeralda van a posarse los turpiales bulliciosos y fieros...

XVI

Los caminos. — El rumbo.

SON la nota melancólica de la llanura los caminos. Ellos tienden en la pampa reverberante su vena oscura y árida, su vena interminable, ondulada, con una monotonía infinita.

Los convoyes de carros que van de Aragua al Guárico y pasan de ahí al Apure, agregan una nueva tristeza al paisaje. Parecen en los atardeceres lentas caravanas de espectros.

Trepidantes avanzan, dejando tras sí una cauda de polvo.

Son los caminos llaneros unas vías que sólo sirven al viandante de otras latitudes que pasa en comercio o en exploraciones.

Al llanero y a los rebaños que conduce no sirve de nada.

El llanero no utiliza los caminos, el llanero toma su dirección como el nauta en el mar. Su brújula es la experiencia, el conocimiento, la práctica que tiene de su suelo nativo.

Va siempre en línea recta y así sale adonde quiere, economizando marcha.

“¡Al rumbo!”, dice. Y así camina inmensas distancias.

Cuando el llanero va solo, dice que va “escotero”.

En su caballo, al paso, avanza por la llanura o a la vera del palmar. Cuando acierta a pasar cerca de algún hato, o bohío comarcano, tiene quien lo anuncie. El inevitable conserje de todo aduar llanero: el can.

En efecto: los perros de las llanuras advierten al que llega mucho antes de acercarse.

Y desde entonces comienzan a lanzar al aire sus ladridos vibrantes.

El llanero advierte los gozques ladradores, y ya próximo a la vivienda, comienza a gritar:

—¡Ahí! ¡ahí! ¡ahí! ¡ahí! ¡Puande choco al tranquero! ¡Es gente de paz, mujeres!

¡Que los condenaos bichos sarnosos me muerden el zaino!

El *tranquero* es la puerta típica de la vivienda del Llano: consiste en dos botallones puestos uno frente al otro a ambos lados: cada uno tiene seis agujeros que se corresponden al mismo nivel. Por esos agujeros pasan las *trancas*, que atraviesan de una parte a la otra según quiera abrirse o cerrarse. Las *trancas* son maderos delgados y sólidos.

Cuando los hombres no están en casa, salen las mujeres a recibir al que llega.

Las mujeres llaneras son generalmente pálidas, llevan los cabellos largos y espesos, y son tardas en el hablar: tienen en el acento la monotonía del camino en la pampa.

Son tan femeninas como macho es el llanero.

La hembra llanera ama, sufre, llora o canta con una languidez intensamente lenta.

No obstante esto, las conversaciones son generalmente animadas y jocundas.

Llega el llanero a la puerta. Le salen ellas.

—¡Guá! Píazo e sute, ¡qué de tiempo que no te mirábamos puacá! ¿Te habían echao los perros en casa?

—Pues que no me los habían echao; pero tú me estás echando a perdé el alma, con esos dos ojotes que parecen dos candelás.

—¡Malaltoso!

—¿Y tu táita?

—Anda vaqueando.

—¿Y tu máe?

—Se ha díó pal paso a comprá unos corotos.

—¿Y no hay naiden en esta casa?

—Pero cristiano, y nos'toy yo aquí en tus condenás y marditas narices?

—Pues ya veo ques'tás tú, pero tú no eres gente.

—¿Y qué soy yo entonces, marrajo?

—¡Pues tú eres... tú eres Carmelitica la improsulta⁽¹⁾ deste pechito que ves aquí descubierta y facurtoso!

—¿Ajá? ¡Qué zángano!

—Mira, Carmelitica... ¡yo me voy apiál!

(1) Corrupción de *Non Plus Ultra*; fué introducida por los conquistadores, y con la cual expresa el llanero lo mejor, lo más hermoso, lo más noble del mundo. — (Nota del autor.)

—¡No! ¡no! ¡no! ¡Si te apeas del caballo eres el mismo que te zumbo toos los perros encima!

—¿Y por qué, prenda? ¡Qué retrechera eres!

—¡Es que ni mi táita ni mi máy tan aquí y yo no puedo recebí conocíos sola!

—¡Si juá el caporal guerereño, sí!

—Manque sea: él no choca al tranquero cuando yo toy sola...; el hombre que trata de vese solo con su novia es porque no la quiere... ¡Tú crees que yo no sé!

—¡Sabes más que monseñó de la Catedral!

—¡Y lo demás en corotos!

—¡Adiós, Carmelítica!

—¡Adiós, zambo viejo!

Y el llanero se aleja lentamente al paso tardo de su caballo, cantando bajito...:

Cuando las mujeres quieren
no hay quien las pueda atajar,
porque ésas no son caballos
que se les pone un bozal.

Mas si las sutas no quieren
párese usté de contá,
que le'chan a usté los perros
y la corte celestía.

XVII

Continuación del anterior. — Prosigue el diálogo.

SI, como se ha visto por el anterior, el diálogo es animado entre mozo y moza, en corrillo de peones es más interesante.

Hablan una tarde, después de haber desensillado bajo el alar del Hato, en número de ocho o diez peones sabaneros.

—Porque... mire, cuñao, en el jato e Pavones se gana bien; pero el trabajo es muy jochao... A las cuatro e la madrugá ensilla usted... y entoavía no le ha volao la pierna al caballo, cuando empiezan a salile a usted unos animalazos (1) que se llevan por delante cuanto incuentran; les mete usted un *chicote* (2) ¡y ná!..., no ha-

(1) Reses bravas.

(2) Soga doble.

cen más que mové el morrillo y revientan al diablo. Tó el ganao dese costo es bravo.

—Y eso que dice el cuñado Juan es verdá.

—¡Las cosas! Yo tuve trabajando en ese jato más de treinta meses.

—A mí me hizo una un toro encerao en ese jato —agrega otro interviniendo en la conversación—, que me dieron ganas de meterme a veguero.

—¡Las cosas! —dicen varios de ellos a coro.

—Salió del *rodeo* (3) —continúa el narrador—, le salgo yo, me le zumbo encima pa quitale el choque, no puedo quitárselo y tengo que metele el lazo a *cacho* y *quijá* (4)... Como la soga era dura... y taba bien arrebiatá a la cola del caballo... mete el toro cabeza al palmar y... nos ha llevao arrastras al caballo y a mí..., le digo a usté que se me espaletó el potrón de las dos paletas y más nunca sirvió pa ná.

—¡Las cosas! —exclaman todos.

(3) *Rodeo*, mancha de ganado rodeada de peones vaqueros a caballo, formada para apartar el ganado que se ha de llevar a la venta.

(4) Dícese de la res entozada por un cuerno y el hocico.

—Esos bichos de ahí de ese lao son bellacos.

—¡Y es ná!

—¡Estripan un jacó en una espabilá!

—¡Y esa guirisapa!

—¡Cuando usted acuerda es porque está jaciendo barro con el rabo!

—Y hablando e tóo, cuñado —interrumpe uno que hasta entonces no ha tomado parte en la conversación—: ¿la hija de la comae Rosalía y que tuvo un muchachito?

—¡Así parece!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! —todos lanzan la carcajada.

—¡Le pegó el plomo!

—¡Le salió el muerto en el estero!

—¡Y güenaza ques'ta la condená!

—¡Ese pechote!

—¡Una res de provecho!

—¡Güena res!

—¡A usted pa confiscao, cuñado!

—¡Pare las patas!

—¡No se reiga, que es verdá!

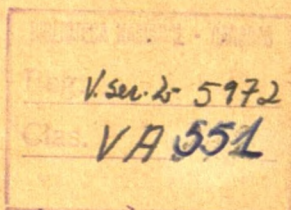
—¡Agüéite pué!

I N D I C E

	PÁG.
EL GAUCHO Y EL LLANERO	9
DANIEL MENDOZA	39
PRÓLOGO	43
I.—Extensión y forma de las llanuras de Venezuela, según los trabajos geográ- ficos de Codazzi. — Fenómenos atmos- féricos: señales naturales del invierno o estación de las lluvias; fauna y flora de aquella región, según Humboldt .	47
II.—Los primeros colonizadores del Lla- no. — El abolengo indígena; el abolen- go español. — Fundación de Calabozo y de San Fernando de Apure	61
III.—Los amores del llanero. — Instrumen- tos de música. — Trajes y arreos. — Las flores en las crines y en las cañoneras. — Su poesía	75
IV.—Continuación del anterior. — Bailes .	89
V.—El lenguaje. — Tabaco de mascar. — Los negocios. — Galantería. — Obse-	

	PÁG.
quios. — Ideas religiosas. — Los ensalmos. — Mal de ojos. — Potrancas y padrotes viejos	101
VI.— <i>El caballo</i> : observación personal del autor. — Los <i>hatajos</i> ; la <i>tusa</i> , “desmostrencamiento”. — La nobleza del bruto. — Su disciplina. — Paso de ríos; en las tormentas	115
VII.—El Santo Cristo de las Misiones. — La trampa. — Las marcas de esclavos ..	131
VIII.—Sublevación de los peones del hato de Banco Largo. — Muerte del coronel español Gonzalo de Orozco. — Fuga de Miguel López, a media noche, en el asalto de La Huerfanita	137
IX.—1812: Las partidas rebeldes. — Escaramuza en las Mangas Coberas. — Alzamiento del indio Juan Caparo en Apurito. — Movimiento revolucionario en Barcoas y Guardatinajas. — Fusilamientos en Periquera. — El mulato <i>Santiago Lima</i> . — <i>La trocha de San Camilo</i>	147
X.—Las reminiscencias guerreras. — Don Juan Ramón Torrealba y Páez: el odio. — La avaricia de Torrealba. — El matrimonio de Mina	153
XI.—Las fiestas del Carmen en Calabozo. — la navaja de a “medihuevo”	159

XII.—Mina y la hija de D. Juan Ramón. — Toros coleados. — Muerte de Mina. — Su hijo	167
XIII.—Ciencia médica llanera. — Veterina- ria. — Perfumes de la Pampa. — Las marinelas. — Yerbas forrajeras	175
XVI.—Continuación del anterior. — Yerbas forrajeras	185
XV.—Los Morros de San Juan, centinelas del Llano. — La gran Ortiz	189
XVI.—Los caminos. — El rumbo	195
XVII.—Continuación del anterior. — Prosigue el diálogo	201



EDICION ARGENTINA

Este libro se terminó
de imprimir en los
talleres "Artes
Gráficas Concordia"
Rondeau 3062
Buenos Aires,
República Argentina,
por cuenta y orden de
la editorial "Las
Novedades", C. A.,
Caracas, el día 20 de
Marzo de 1944.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINE

